VIDA LEONESA

Revista Semanal Ilustrada

DOÑA BEATRIZ por Demetrio Monteserín

Año II | 18 DE MAYO DE 1924 | N.º 53

VIDA LEONESA

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD CULTURAL Y DEPORTIVA

Director: Julián Sanz Martínez
Pi y Margall E T.

Administrador: Elías Zalbidea
Cervantes, 9

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

(Notable fotografía, única que existe del poeta, obtenida de un daguerreotipo por el artista leonés Sr. González Nieto)

SGCB2021

E L E G I A

ANTE UN RETRATO DE ENRIQUE GIL CARRASCO

Imagen fiel del que cantó potente
«la gota de rocío»,
enciende en mí su inspiración ardiente,
si ha de ser digno de él, el canto mío.
Deja que aspire en esa frente inmensa
de tan brillante historia
la luz que vierte entre la niebla densa
el sacro fuego de su excelsa gloria.
Era joven aún... y ya el destino,
sobre su sien laureada,
al cruzar por el mundo, peregrino,
dejó la huella del dolor marcada.
Y *hojas fueron del árbol desprendidas*
sus ilusiones bellas,
que, al caer en otoño, estremecidas,
iban las flores de su amor con ellas.
Por eso hermoso cisne en sus cantares
cantó también su muerte:
que son tumba del alma los pesares,
y los cantares, lágrimas que vierte.
Llanto fué aquel acento dolorido
que en su penar profundo
elevó, triste pájaro perdido,
al autor inmortal del «Diablo-Mundo».
Aguila real que remonto su vuelo
a las etéreas salas,
para caer sobre remoto suelo
deshecho el tul de sus lucientes alas.
Porque, al surcar el «lago» de la vida,
inquieto y borrascoso,
fué a buscar su dolor tumba perdida
entre la bruma del *Sprée* impetuoso...
¿Qué se hicieron los plácidos amores
a la que, hermosa y pura,
era la flor de las brillantes flores
del cantor de Polonia sin ventura?
¿Quien, al pasar de la enramada umbría
las solitarias calles,
dulces las trovas que cantar solía
llevará hasta la «Virgen de los Valles»?...
¡Ay, nadie va! La férvida mirada
del trovador amante
no tiene para tí. Reina olvidada,
la hermosa luz que te alumbró un instante.
¡Ahogó su voz en la garganta fría
el hielo de la muerte,
cuando con flores de su amor tejía
la guirnalda inmortal que iba a ofrecerte!
Hoy sólo un eco entre las frondas zumba,
último adios que lanza
del mismo fondo de lejana tumba
el que formó tu gloria y tu esperanza.
Del pájaro infeliz de blanca pluma
no escucharás el lloro,
del Sil batiendo la rizada espuma
que va a estrellarse en sus arenas de oro.
¡En vano busco en esta frente helada
el nácar de su frente!...
Es la flor de los campos agostada
al fiero soplo del estío ardiente;
la sombra nada más de la lumbrera
que daba envidia al día...
¡Y has querido morir sin que te viera
el sol brillante de la patria mía!...
¡Sin ver de nuevo la ribera hermosa
donde cantaste amores
en dulces versos y elegante prosa,
del alma, Enrique, tus primeras flores!...
¡Oh, sí, tu imagen, que yo riego en llanto,
me dice la partida,
y el eco triste que murmura en tanto,
entre el follaje, una ilusión perdida!
Si al templo santo de la egregia gloria
llega un acento humano,
un suspiro que arranca tu memoria
de un enlutado corazón hermano,
ante tu imagen respetable juro
por la existencia mía
que es el acento del amor más puro
el que mi alma hasta tu gloria envía.

Mateo GARZA (1)

---

(1) D. Mateo Garza y García, nació en Ponferrada en 1822 y murió en 1882. Estudió la carrera de Farmacia en Madrid, y fué hombre de gran cultura, especialmente en estudios literarios y un indiscutible temperamento artístico, forjado al calor del fuego romántico. Fácilmente se fija su filiación poética citando los nombres de Espronceda, López García y el mismo Gil Carrasco. Dejó escritas numerosas composiciones líricas y descriptivas, todas muy estimables y algunas de elevado mérito, y varias obras teatrales, como «Lágrimas de una flor», «Estrella», «Historia de una cadena» y «El señor de Bembibre», adaptación de la novela de Enrique Gil. La composición inèdita que publicamos no hubiera este mismo desdeñado firmarla.

SGCB2021

BIOGRAFIA DEL POETA

Enrique Gil y Carrasco nació en Villafranca del Bierzo, el 15 de Julio de 1815.

El padre de nuestro poeta era natural de Peñalcazar, provincia de Soria, de linaje, no solo honrado, como por modestia, dice su hijo don Eugenio, sino también hidalgo, de clara y rancia hidalguía, con la cual no guardaban relación por aquel entonces los bienes de fortuna.

Si Villafranca tiene la gloria de haber sido su cuna, Ponferrada puede gloriarse, a su vez, de que en su recinto haya crecido, a la sombra de aquel grandioso castillo, cuya contemplación hizo brotar en su alma el pensamiento de su famosa novela, y ante cuyas veneradas ruínas sintió la romántica melancolía y el silencioso recogimiento en que están inspirados sus versos. Allí, en Ponferrada, estudió Latín con los PP. Agustinos (1824-1829) cursó luego Filosofía en el monasterio de Espinareda, de monjes benedictinos (1829-1830) y en el Seminario Conciliar de Astorga (1830-1831) y terminados estos estudios, emprendió en Valladolid la carrera de leyes, que se vió obligado a interrumpir por la cesantía de su padre, y que terminó en Madrid por los años de 1839.

La fecha del 17 de Diciembre de 1837, puede decirse que forma época en su vida. En *El Español* de aquel día dió a luz su poesía *La gota del rocío*, que atrajo sobre él la atención y le granjeó la amistad de los poetas y literatos jóvenes que, como él, luchaban en la Corte por abrirse camino y conquistar un puesto en la república de las letras, siendo de los primeros Espronceda, Miguel de los Santos Alvarez y Ros de Olano, con quienes redactó más adelante (1841) el periódico de literatura «El Pensamiento», que aquellos fundaron y que tuvo vida efímera. Pero no fueron estos sus primeros trabajos en prosa. Antes apareció su firma en «El Correo Nacional» (1838) y en el «Semanario Pintoresco Español» (1839) y después en «El Sol», de Ríos Rosas, donde tuvo por compañero a Pastor Díaz, y en «El Laberinto», de Ferrer del Río (1843 y 1844), sin mencionar otros periódicos, como El Liceo, La Legalidad, El Iris, en todos los cuales publicó artículos de crítica literaria, de costumbres y de viajes, revelándose como admirable pintor de tipos, escenas y paisajes.

Como poeta, no tardó en conquistar un puesto entre los principales representantes de la escuela romántica, publicando composiciones tan inspiradas como *La Violeta*; la titulada *A Polonia*, leída en el parnasillo el «Liceo; la consagrada *A la memoria del Conde de Campo Alanje*, que dedicó a su fraternal amigo Espronceda, diciendo: «No es mi canto un eco de dolor, sino una trova de libertad, de esperanza, como los himnos del griego Tirteo», la tiernísima elegía que leyó ante su cadáver el 24 de Mayo de 1842, en la Sacramental de la Puerta de Atocha.»

Dos años después salió de las prensas su novela *El Señor de Bembibre*, obra maestra, que a juicio de Fitzmaurice Kelly, «por su fuerza y su originalidad, puede considerarse como la mejor novela histórica que se ha publicado en España durante el siglo décimo nono».

Al finalizar el verano de 1839, volvió al Bierzo cuando ya su buen padre había muerto, y en el triste hogar de Ponferrada, su madre, sus tres hermanas y su hermano menor Eugenio vivían en grande estrechez y desconsuelo; en el Bierzo estuvo y por el Bierzo viajó en el otoño de 1840 y en Agosto de 1842. Dejó consignadas las impresiones de estos viajes en los artículos: «Los montañeses de León», «Los Asturianos», «Los Pasiegos», y en el trabajo por todo extremo interesante que intituló «Bosquejos de un viaje a una provincia del interior».

Si a las mencionadas pinturas de carácter se agregan otras: «El Segador», que sale de Galicia, siguiendo el camino francés o de los peregrinos, atraviesa el Bierzo. «El Pastor trashumante», complemento de «Los Montañeses de León»; «El Maragato y «Los Maragatos», se echará de ver desde luego, que la obra literaria de Enrique Gil tiene carácter regional, y se relaciona de más cerca o de más lejos con el Bierzo.

De aquí que el señor Menéndez y Pelayo le clasifique y le signe un puesto muy principal entre los poetas de la escuela del Norte de España, de la cual dentro del romanticismo, «es sin disputa el más genuino representante; su musa es la melancolía; la violeta, el emblema de su vida y de su destino».

Tan activa y fecunda labor literaria abarca un periodo de seis años, de 1838 a 1844

SGCB2021

del veintitrés al veintinueve de su edad. En él, un modesto destino de oficial auxiliar de la Biblioteca Nacional le ayudó a resolver el problema económico de la vida. De pronto, cambia de rumbo su actividad. Tal sucedió el 23 de Febrero de 1844 en que González Bravo le nombra comisionado con carácter extraordinario, para recorrer los Estados del antiguo Cuerpo Germánico, y entra en la carrera diplomática con categoría de secretario de Legación; y con sueldo de cuarenta mil reales.

Recogidas sus credenciales, marchó a Valencia, de allí fué a Barcelona, donde embarcó en el navío francés *El Fenicio* para Marsella, y por Lyón se encaminó a París; recorrió después Bélgica y Holanda y el 24 de Septiembre llegó a Berlín.

Entre las cartas de recomendación de que iba provisto, llevaba una de Martínez de la Rosa, Embajador de España en París, para el barón de Humboldt, quien le presentó al Ministro de Negocios extranjeros, barón de Bulow, al príncipe Carlos y a su esposa, la princesa María, y al príncipe heredero de Prusia y en su deseo de darle a conocer y favorecerle, puso en manos del rey Federico Guillermo un ejemplar de la novela «El Señor de Bembibre», editada por Mellado (Madrid, 1844) estando ya su autor en Berlín y fué tal el interés que en él despertó su lectura, que mandó pedir un mapa del Bierzo, para ir siguiendo sobre él, paso a paso, la descripción de los lugares en que se desarrolla el argumento.

El príncipe Carlos le sentó a su mesa; la princesa, su esposa, le tomó por maestro de lengua castellana, y el rey, no solo hizo grandes elogios de su novela, y ordenó al barón de Humboldt que los trasmitiera a su autor, sino que le mostró su real aprecio, concediéndole la medalla de oro que llevaba grabado su retrato, condecoración de la más alta estima en el reino.

A principios del verano en 1845, una tos violenta, acompañada de esputos de sangre, le obligó a guardar cama durante todo el mes Julio, y en los primeros días de Agosto, por prescripción del Doctor Welzel médico de los príncipes, que le asistía, fué en busca de la salud a las aguas de Reinerz, en las montañas de Silesia; pero no tardó en regresar en peor estado a Berlín, desde donde pidió permiso para trasladarse a Niza, con la esperanza de reponerse, huyendo del duro clima alemán. Fuéle concedido por cuatro meses y con sueldo entero; pero ya era tarde. Aquella vida, tan preciosa para las letras y tan necesaria para los suyos, tocaba a su término.

En el cementerio católico de Berlín se alzaba un sencillo monumento, con esta inscripción: «A don Enrique Gil y Carrasco, fallecido en 22 de Febrero de 1846, su amigo José de Urbistondo».

La biografía del malogrado poeta tiene un tristísimo epílogo. Para pagar las deudas que hubo de contraer durante su enfermedad, se sacaron a subasta sus libros, sus ropas y sus muebles, y así y todo quedó un pasivo de 883 francos, que pagó el Ministerio de Estado.

Tal fué Enrique Gil; tan corta y tan lamentable su muerte.

Marcelo MACIAS

EN MEMORIA DE ENRIQUE GIL

Hace bien nuestra tierra leonesa en honrar la memoria de Enrique Gil, tan olvidado no sólo en León sinó en toda España; y olvidado injustamente, porque sus méritos literarios son de primera calidad, y tales que con ellos habría materia suficiente para la celebridad de varios autores.

Enrique Gil fué poeta, novelista, escritor de viajes y de costumbres, crítico literario... y en todas estas especialidades descolló entre sus contemporáneos como los nobles cedros sobre las humildes yerbecillas. Su fama principal, sin embargo, estriba en sus narraciones novelescas, y especialmente en la titulada *El Señor de Bembibre*, que no tiene par entre las que produjo el movimiento romántico de mediados del siglo XIX y eso que de entonces son *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, obra del infortunado *Fígaro*, y *Doña Blanca de Navarra*, del insigne Navarro Villoslada, que luego con su *Amaya* habría de adquirir universal renombre. Modelo de novela histórica o historia anovelada, según la terminología de Menéndez y Pelayo, es ésta de Enrique Gil, donde se recogen los últimos días de la famosa Orden del Temple en España y se relatan bellamente sus vicisitudes a través de una acción sentimental del más elevado idealismo. Pensamiento, plan, composición, estilo... todo es admirable en *El Señor de Bembibre*, que, aun hoy día, cuando los gustos son tan distintos de aquellos que dominaban en tiempos del autor, se lee con singular deleite.

Como poeta granjeó también Enrique Gil merecida fama, especialmente por la nobleza de su inspiración, la dulzura de sus sentimientos y la resignada melancolía que, como un delicado perfume, impregna todas sus composiciones; y no fué pequeño mérito de este poeta hacerse aplaudir de los mismos a quienes sugestionaba el estro arrebatador de Espronceda.

Escribió también Enrique Gil muchos artículos de viaje; y en tan difícil género literario mereció puesto de preferencia entre los mejores. Su sensibilidad exquisita, sin duda acrecida por la terrible dolencia que le acabó en lo más florido de su juventud; su grande y sólida cultura, su experiencia de cosas, personas y lugares, granjeada en su carrera diplomática, partes fueron para hacer de él un singular narrador de esto que hoy se llaman impresiones de viajes, de tanto gusto y provecho para el lector. Tenía, especialmente, Enrique Gil, el sentimiento del paisaje, y bien lo acreditó en sus obras de imaginación insertando en ellas trozos descriptivos de la naturaleza, que serán siempre modelo de esta clase de literatura. En *El Señor de Bembibre* abundan estos paisajes, trazados con una sobriedad que les da más intensa emoción: con cuatro pinceladas y unos pocos colores, compone Enrique Gil cuadros de insuperable hermosura.

Se ha pensado levantar en esta tierra una estatua que recuerde a todos el nombre de Enrique Gil y Carrasco. Bien nos parece. Pero antes que la estatua o al mismo tiempo que ella, convendría hacer una edición popular, que hoy escasean más de lo que a su mérito corresponde. La edición de las *Poesías* hecha por el insigne crítico D. Gumersindo Laverde en 1873, es hoy una rareza bibliográfica. Tampoco se encuentran con facilidad los dos espléndidos volúmenes que contienen las *Obras en prosa*, coleccionadas en 1883 por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera e Isla, con un excelente prólogo de este último y una biografía del autor compuesta por su hermano D. Eugenio. Contiene esta obra también la maravillosa *Epístola a Pedro* de Eulogio Florentino Sanz, que no se puede leer sin emoción profunda. Otras ediciones circunstanciales que en Astorga (1900) y en Madrid (1915), se han hecho de *El Señor de Bembibre* están ya agotadas.

Tampoco ha circulado mucho por España la edición que de la misma novela se hizo en Buenos Aires en 1910, gracias al celo patriótico de los leoneses residentes en la República Argentina. Nuestro pueblo, pues, no puede conocer las obras de Enrique Gil. Ningún homenaje superior a este de reimprimirlas ahora. La memoria de los escritores se conserva mejor en sus obras que no en mármoles y bronces: contra estas obras nada podrá el paso demoledor del tiempo ni la injusticia, el olvido y la ingratitud de los hombres.

Alvaro LÓPEZ NÚÑEZ

SGCB2021

ENRIQUE GIL CARRASCO

El gran mérito de Enrique Gil Carrasco, no solo está en sus obras literarias inmortales, que al fin, cuando la posterioridad hace justicia al autor, y lo ensalza y lo glorifica, para los que creemos en el *más allá*, aunque el premio llegue tarde, hay algo que nos hace ver al gran hombre, al escritor original, entre nubes de alegres colores, rebosante y divino, satisfecho de la compensación postuma que su Patria le dedica.

Ese mérito, recibe así el justo homenaje de la inmortalidad. Pero hay otro mérito en la historia de nuestro agregio novelista y poeta, que no dejó huella, ni puede perpetuarse en mármoles, ni traducirse en vibrantes elogios escritos; es el que se condensa en los inmensos sacrificios, en las amargas zozobras, en la azorosa peregrinación llena de dificultades que valientemente, con arrogancia de leonés, arrostró Enrique Gil Carrasco, hasta lograr abrirse paso franco en el áspero sendero de la vida.

Solo, modesto, *sin padrinos*, sin otro patrimonio que su inteligencia, sin más arma que su hermosa pluma, asombró a sus contemporáneos, y ahora, después de un siglo de olvido, es orgullo de esta tierra que tanto amó, a la que no olvidaba en épocas tristes ni en tiempos felices. ¡Los que así, por su propio esfuerzo, llegan a vencer, no es estraño que vivan pocos años! Para ellos el mundo es cosa despreciable. Ven en lontananza, en los soñadores éxtasis del entendimiento, cernerse su alma entre las deliciosas auroras de lo inmaterial. Sienten el soplo arrobador del genio que los envuelve y acaricia. Toman la vida como algo secundario y trabajan sin tasa, despreciando la vil materia, elevando su espíritu a las serenas regiones del infinito.

En toda la historia de Enrique Gil Carrasco, aparecen esas virtudes, que dan hoy carácter heróico al insigne berciano.

Sus libros. sus versos, son destellos de un corazón generoso, en el que no anidaba ninguna idea mezquina: Son, unas veces, cánticos a la belleza de la pura flor, cual el que dedicó a la violeta, en el que presiente triste y resignado, su fin cercano: Son, otras veces, entusiasta elogio al esplendor de su país natal, como resplandece en el Señor de Bembibre, donde describe con inimitables acentos la generosa condición de sus paisanos y la magnificencia de la región que habitan: Son monumento perenne que delata un temperamento vigoroso y convencido, que, sin sentirlo, va labrando su futura apoteosis.

No me cansaré de reproducir, en cuantas ocasiones se me ofrezcan, aquellas estrofas de la célebre epístola a Pedro escrita por D. Eulogio Florentino Sanz, a orillas del Sprée, después de visitar la abandonada tumba de Gil Carrasco:

Delante de su cruz tuve mi planta.
Y soñé que en su rótulo leía:
Nunca duerme entre flores quien las canta.
Pobre césped marchito quien diría.
Que el cantor de las flores en su seno.
Durmiera *tan sin flores* algún día.

Tratamos de pagar la deuda qne tenemos contraída con el que tanto nos honró, y hay que remediar esa injusticia cubriendo de rosas su memoria.

Cuanto se haga será poco, para corresponder al honor que León siente, por haber nacido en su provincia Enrique Gil Carrasco.

Severo Gómez NUÑEZ
General de artillería

EL SEÑOR DE BEMBIBRE

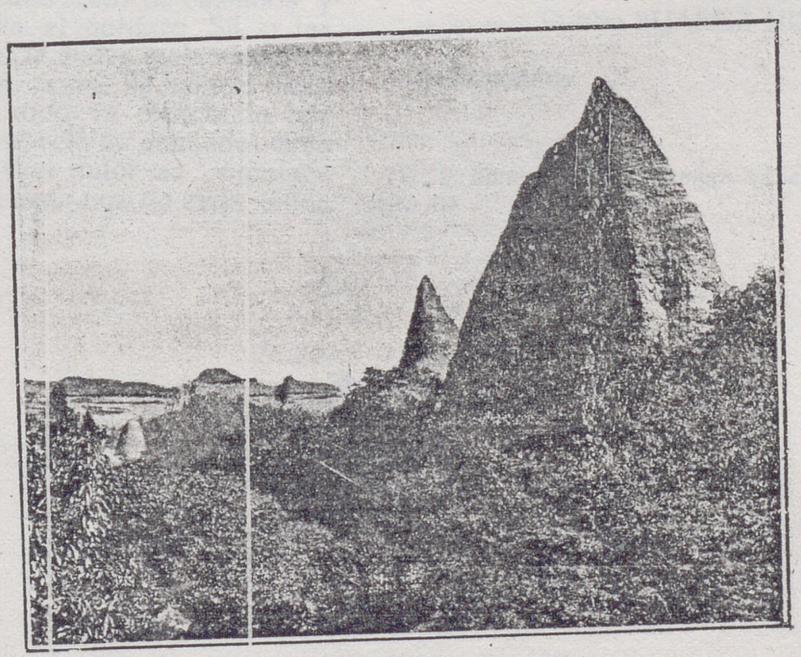
Interesante fuente que perteneció al Monasterio de Carracedo y que cita Gil Carrasco en sus artículos «Costumbres y viajes»

En 1844 apareció esta preciosa obra de Enrique Gil, que es sin duda alguna la más importante de su producción, y que quizá debe calificarse sin hipérbole como la mejor novela romántica española. En este punto aventajó indiscutiblemente a sus correligionarios románticos. La perfección con que está concebida, planeada y escrita esta hermosa novela, la coloca sobre las de Fernández y González, y muy por encima del «Sancho Saldaña» de Espronceda y de otros ensayos de nuestros románticos, que no llegaron ciertamente en el género novelesco a la altura verdaderamente colosal que alcanzó la lírica.

Una crítica, por somera que fuese, de «El Señor de Bembibre», no cabría dentro de la breve extensión de estas cuartillas, con las que un humilde escritor leonés de hoy quiere honrarse en este acto de admiración y homenaje al dulce e inspirado vate berciano, tan prematura y desgraciadamente fallecido para las letras patrias y la historia de la literatura leonesa; por eso voy a limitarme a exponer.

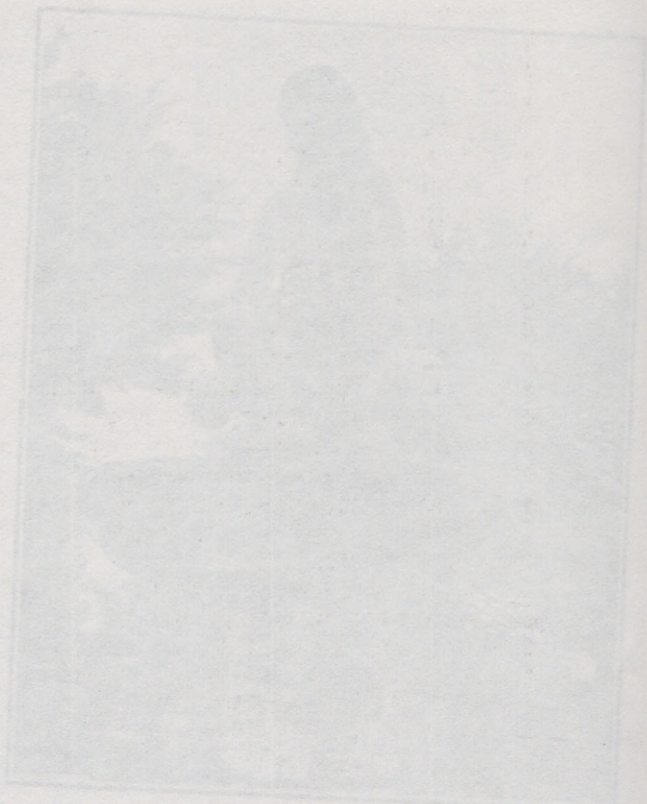
Uno de los más grandes aciertos de la novela, prescindiendo del estudio del asunto, tan perfectamente encajado en la orientación romántica; de los caracteres de los personajes, idealmente humanos; de la sabia disposición de la trama novelesca, y del tierno y desgarrador desenlace; tomando ocasión de algunas fotografías de paisajes del Bierzo que van en este número, quiero no más indicar el amor con que Gil Carrasco sentía y sabía describir los paisajes sin par de su tierra.

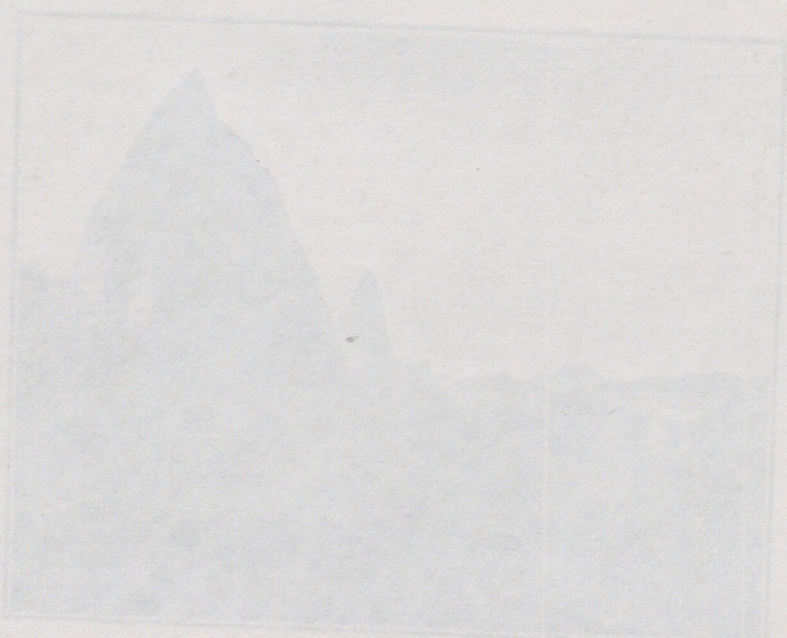
En ninguna parte se muestra el estilo, de su-[illegible] fluído y jugoso, del



LAS MÉDULAS, famosísima explotación aurífera de los romanos, de la cual habla Gil y Carrasco en sus artículos «Costumbres y viajes»

SGCB2021





escritor tan rico y abundante como en las numerosas, variadas y primorosas descripciones que en «El Señor de Bembibre» se suceden de los lugares más diferentes y encantadores de la comarca berciana. Ya evoca las ásperas frogosidades y elevados picos de las sierras de Cabrera, especialmente la mole dominadora de la «Aguiana», ya la lujuriante vegetación de sus praderas y sotos de castaños; unas veces nos hace ver con incomparable colorido los altos rojizos de Las Médulas, y otras nos hace sentir la pasada grandeza que hoy pregonan las ruínas de los castillos de Ponferrada y Cornatel; tan pronto nos introduce en los solitarios y silenciosos claustros de la Abadía de Carracedo, como destila en nuestras almas gota a gota el dulcísimo néctar de la más pura poesía al pasearnos, en la tarde que muere, sobre las tranquilas aguas del lago de Carucedo, incendiadas por los reflejos del sol poniente...

No quiso en esa su obra maestra dejar en olvido ninguno de los bellos rincones del jardín berciano. El Bierzo alto, en donde D. Alvaro Yáñez tenía su señorío; el valle de Arganza, mansión de la dulce Beatriz Ossorio; los castillos de Ponferrada y Cornatel, morada y último baluarte de los Templarios; la gran planicie en que se asienta la meseta del antiguo *Bergidum*; las bellezas artísticas de los monasterios de Carracedo, Villabuena y S. Pedro de Montes; los risueños sotos de castaños y alamedas que baña el aurífero Sil o las fragas del Boeza; la suave melancolía del valle de Carucedo, donde se halla el lago de este nombre... todo va desfilando por las páginas de la novela en animada cinta cinematográfica, y el autor se complace en ir poniendo en cada uno de esos sitios que tan bien conocía y que tanto habían hablado a su alma de poeta, la escena de los más interesantes momentos de la narración.

Las descripciones son justas, felices, exentas de fatigosa difusión, ricas en epítetos e imágenes. Con cuatro pinceladas nos pone ante toda la pompa del paisaje estival del Bierzo o ante el desmayo y desolación del invierno. ¡Y con qué supremo acierto supo elegir para las escenas del desenlace, tan conmovedoras, tan desgarradoras y tan románticas, la incomparable poesía del lago de Carucedo, el más ricamente variado, circundado de altos montes, con la fronda espesa de un bosque de castaños y con la calma plácida de las aguas del lago, que parece un espejo del cielo azul!... Ninguno más lleno de infinita melancolía.

Y a través de todas sus descripciones nos transmite una suprema interpretación de algo que vale más: el alma misma del paisaje, solo asequible a los iniciados y que sólo por su mediación logramos comprender.

Solamente en sus misteriosas vibraciones podía apagar su sed de ideal el alma de aquel «poeta de verdad», a quien un ilustre crítico (1) llama «cantor simpático de la tristeza, que se agita tras ideales imposibles, y no halla en la realidad de la vida sinó decepción, lágrimas y amargura»...

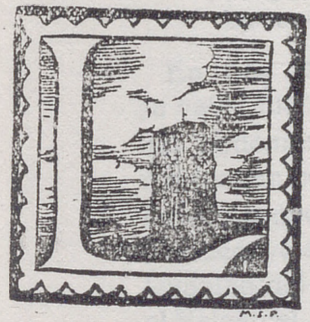
Publio SUAREZ URIARTE

Fotos González Nieto

---

(1) P. Blanco. -- «La Literatura Española en el siglo XIX.»

GIL Y CARRASCO; POETA



eer las poesías de Enrique Gil, es entregarse de lleno a la placidez de las emociones suaves y bellas aunque amargadas siempre por la honda melancolía de la resignación del que sabe que lleva en su naturaleza enfermiza la terrible sentencia de de una muerte prematura.

La biografía del vate leonés nos releva del trabajo de hablar de sus hechos por la existencia; de aquellos días de escasez y penuria, de vida semi-bohemia, en que agotó sus energías físicas, que, por desgracia no pudo volver a recobrar. Solo nos concretaremos a decir algo de nuestro gran poeta, aunque su nombre parezca olvidado en las antologías de los líricos del siglo XIX.

Sustrayéndose, por virtud de su cultura, a las aberraciones a que dió lugar la irrupción del romanticismo en España, rompiendo moldes caducos y en abierta rebeldía con el clasicismo, casi en la misma forma que hoy han hecho muchos versificadores influenciados por Ruben Darío, Enrique Gil escribió sus composiciones ajustándose, más que a las innovadoras corrientes y a los arcaicos preceptos, a los dictados del sentimiento y de la emoción estética. Por eso decía él:

«Así que nosotros aceptamos del *clasicismo* el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época; sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del *romanticismo* aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo, empero, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar, y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneas, y no fosfórico resplandor de luz vistosa un instante para apagarse a penas le toquen».

Así, Enrique Gil, llevado de su esquisito temperamento poético escribió composiciones sentidas, pletóricas de emoción natural y saturadas del ambiente en que nació. *La campana de la oración* es una gallarda muestra de lo que afirmamos.

¡Con qué dulce sencillez se expresa el poeta cuando dice ..!

«Es más que la voz sonora
Que se escapa del torrente
Y en himno tímido llora
El muerto sol de occidente
Y aguarda el sol de la aurora.
Es más blanda y delicada
Que la confusa armonía
Del ala tornasolada
Del espíritu del día
En los aires agitada;
Que es la voz de la campana,
Voz de alegría y tristeza,
De alegría en la mañana,
Triste en la noche cercana,
Sepulcro de la belleza.
Voz que dulce y apagada
En la oscuridad solloza,
O que rica y acerada
Corre los vientos alada
Y entre misterios se goza;
Que tal vez recuerda el alma
Despertada por su son
Horas de plácida calma,
En que, solitaria palma,
Florecía el corazón.

Y es que Enrique Gil llevaba siempre en sus oídos toda la melancolía berciana, cuando al caer la tarde, las campanas de las iglesias de Villafranca y Ponferrada se despiden del día que muere y de esa misma melancolía está saturada *La niebla*.

Niebla pálida y sutil
Que en alas vas de los vientos,
No así callada y sombría
Desparezcas a lo lejos,

En pos de tí correré,
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma
De tus sombras y misterios.

En toda esta composición, además de su valor literario se aprecia una fidelidad que podemos llamar fotográfica, de esas nieblas tan comunes en Villafranca y Ponferrada y que como un fanal esmerilado parecen velarlas a los ojos cuando se levantan del Sil y del Boeza, del Burbia y el Valcarcel.

Y si como poeta de las emociones plácidas, puede comparársele con los mejores de su época, también como poeta épico fustigó a los tiranos, ensalzó la libertad, y como vidente en su oda a *Polonia* escribió esta profecía:

Mas otro porvenir guarda la suerte,
Polonia, para tí, y otros blasones;
Mira la juventud alzarse fuerte
Rica de libertad y de ilusiones,
Mírala. sí, y espero en tu agonía
Porque ella ve tus lágrimas de duelo
Y no está lejos el hermoso día
Que un sol de libertad muestre en el cielo.

No es preciso, ni oportuno en esta ocasión, continuar espigando entre las muchas cosas bellas que avaloran las composiciones de Enrique Gil; solo con lo dicho basta para despertar la curiosidad de nuestros lectores en conocer todo cuanto escribió el eminente leonés, y obra meritoria sería el editar nuevamenie sus poesías por lo poco divulgadas que están a causas de hallarse agotada la edición que de ellas se hizo y ser muy raros los ejemplares que quedan de la misma. Un deber de los pueblos para con sus ilustres hijos es perpetuar sus obras, y ya que Enrique Gil exclamaba en *La niebla*;

Pasé mi infancia muy triste,
Más pasa mi juventud;
Que entonces tu me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste
En la paz del ataúd.

León no debe consentir que las poesías de su mas preclaro poeta lleguen a desaparecer sin ser conocidas de sus paisanos.

Benito BLANCO Y FERNANDEZ

Todten-Schein.

Nach Angabe des Todten-Registers der St. Hedwigskirche

ist der Secretaire d'Ambassade d. S. M. Catholique demeurant presentement à Berlin et ci-devant à Madrid Don Enrique Gil y Carrasco

am zweiundzwanzigsten (22ten) Februar

Ein Tausend Acht Hundert sechs und vierzig (1846)

an Lungenschwindsucht 30 Jahre ÷ Monate

÷ Tage alt, verstorben und hinterläßt: Unbekannt

Dieses wird glaubhaft und ordnungsmäßig hierdurch bescheinigt.

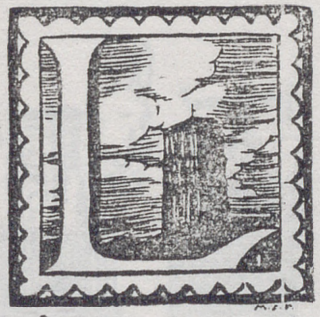
Berlin, den 18ten Juni 1923.

Das katholische Pfarramt von St. Hedwig

Copia de la partida de defunción de Enrique Gil y Carrasco acaecida en Berlín en 22 de febrero de 1846

(Obtenida en Berlín por el Sr. Martín Granizo)

ENRIQUE GIL, CRÍTICO



La figura interesantísima del poeta leonés ocupa un puesto de honor en la historia de la literatura nacional del siglo pasado. No es uno de los dioses mayores de nuestro Parnaso; pero en los momentos en que deseamos entregarnos sinceramente a las emociones de una lectura grata, los libros de Gil Carrasco ejercen sobre cuantos le conocen una fuerte atracción.

Lo más interesante de la personalidad del autor de «El Señor de Bembibre» es, sin duda, la rica variedad con que su ingenio se manifiesta en su breve carrera literaria.

Enrique Gil, poeta, novelista, costumbrista, fué también un crítico que con este solo título merecía un puesto preeminente en la historia de la literatura de su tiempo.

Hizo Gil Carrasco artículos, mejor dicho, verdaderos ensayos de crítica literaria en «El Correo Nacional», en el «Semanario Pintoresco», en el «Pensamiento» y en el «Laberinto». Unas veces escribiendo acerca de la poesía contemporánea, como en los artículos que dedicó a las poesías de Zorrilla, Espronceda y el Duque de Rivas; otras, acerca de nuestro teatro, como en el dedicado al drama de Harzembusch, «Doña Mencía»; otras, sobre literatura extranjera, como al juzgar las traducciones de los dramas de Shakespeare y los cuentos de Hoffmann; otras, sobre nuestro teatro clásico, juzgando el de Tirso de Molina; otras, sobre el pensamiento español, al hablar de la significación de Luis Vives, mostró los tesoros de una extensa cultura y de un depurado gusto artístico.

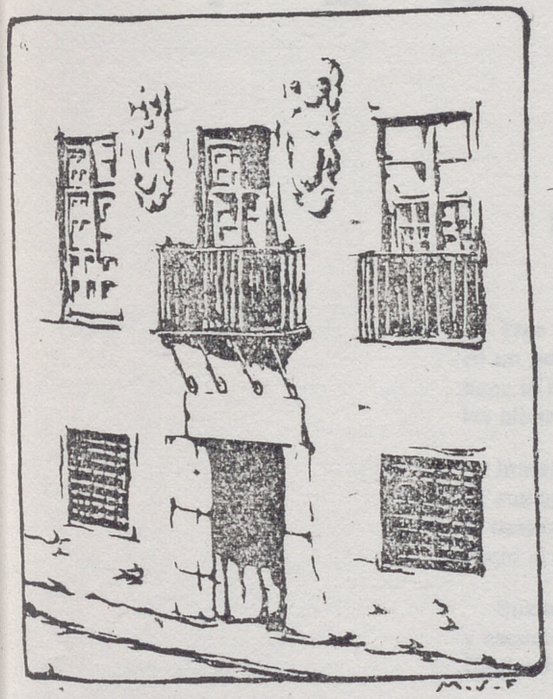
No era Enrique Gil uno de esos críticos que se arriesgan a todo sin la preparación suficiente. Había estudiado a fondo la literatura propia y las extrañas; tenía una escogida cultura filosófica; estaba dotado de un temperamento finísimo de artista.

Todo ello le colocaba en situación envidiable para ejercer el «sagrado sacerdocio». Lástima grande que su muerte prematura no le permitiera dar frutos más sazonados. Apesar de ello, este aspecto de su personalidad literaria merece especial mención en un recuerdo de su magna obra total.

Recordemos a Enrique Gil Carrasco. Este recuerdo dice que el culto de los valores espirituales no ha muerto y que son muchos todavía los que en medio de las duras luchas del momento por la conquista de tantas cosas materiales no se avergüenza al recordar con emoción el nombre y la obra de un poeta ni al dedicarle un público homenaje.

Rafael de PINA

LA CASA DE ENRIQUE GIL Y CARRASCO



En la villa de Villafranca del Bierzo, plantel, tanto aquella como este, de nobles y de hidalgos, nació el 15 de Julio de 1815, Enrique Gil y Carrasco. La casa (1) en que nació el ilustre vate berciano es la señalada con el número 15 en la antigua y señorial, conocida vulgarmente por calle del Agua, cuyo verdadero nombre era Topete, y hoy calle de Ribadeo.

Ostenta en la fachada dos magníficos escudos, a ambos lados de un saliente balcón. Es pues esta casa, cuyas estancias vieron el nacimiento, y correr los primeros años de la vida, del que más tarde había de ser preclaro cantor de aquella tierra, de la que estaba enamorado, un pregón vibrante de la nobleza de la villa berciana.

A juzgar por el estado en que se halla, no debe, al menos por el exterior, haber sufrido modificación alguna desde que fué construída, hasta el punto que – según el Sr. Carvajal y Alvarez de Toledo – «*con seguridad si Enrique Gil volviera al mundo, reconocería perfectamente la casa donde nació*».

En esta casa vivieron desde su matrimonio hasta que trasladaron su residencia a Ponferrada, los padres de Gil y Carrasco don Juan Gil y doña Manuela Carrasco.

Nada ha hecho hasta la fecha, el Ayuntamiento de Villafranca, por la conservación de esta casa, reliquia de la nobleza de aquella tierra, y joya venerable por ser en la que vió la luz el excelso poeta de las flores.

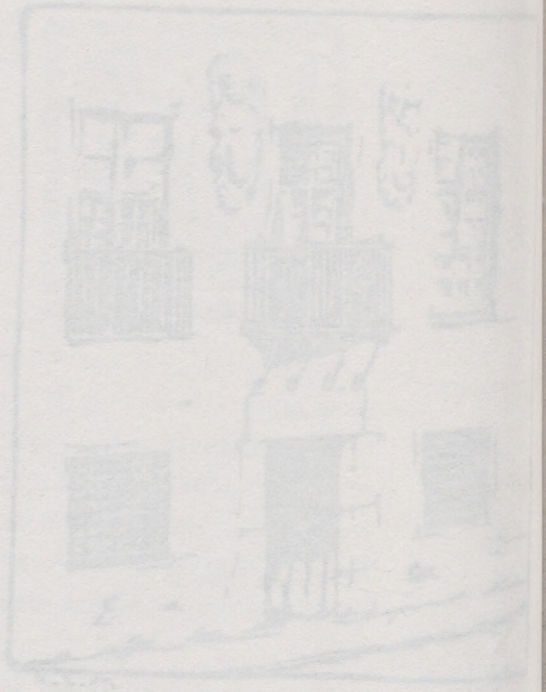
Hasta hace bien poco la mayor parte de los villafranquinos, ignoraban que fuese ésta la casa en que nació Enrique Gil y Carrasco, honra de aquella villa.

El Ayuntamiento de Villafranca, pues, es el que debe sumarse al homenaje a Gil y Carrasco, colocando por su cuenta una lápida en la fachada de esta casa, que conmemore el nacimiento del poeta, para que siendo conocida por todos, pueda ser de todos reverenciada.

Juan de ALVEAR

(1). Según datos proporcionados por D. Antonio Carvajal y Alvarez de Toledo.

SGCB2021



Paráfrasis de la novela romántica "El Señor de Bembibre"

PERSONARIO

(TRÍPTICO)

I

DOÑA BEATRIZ

Cap. V

Tras de la amplia ventana de historiado granito,
en un poyo del noble aposento sentada,
tiene la faz celeste de palidez bañada,
las albas manos juntas en ademán precito.

Inmaterial paloma, viajera de infinito,
de sus ojos en éxtasis la cautiva mirada
se desprende de pronto y huye al azul, alada.
(Bajo el ala un mensaje de amor llevará escrito).

Suenan pasos. Beatriz abandona su ensueño
y escucha. La dulzura del rostro se hizo ceño.
El alentar suspende, las energías suelta.

Entra el padre, sombrío. Yérguese la hija, esbelta.
– ¿Amáis – dice el de Ossorio *– de Bembibre al señor?*
– Sí, padre mío – dice ella con el mayor candor...

II

DON ALVARO

Cap. X

El de Yáñez, hurtándose al reposo,
sale de su castillo, a la luz pura
del alba. Cornatel, al sol, fulgura.
Cantan las aves y el Boeza undoso.

(Don Alvaro es gallardo y vigoroso,
lleva espada de rica empuñadura,
espuelas de oro, la ropilla, oscura.
El continente es noble y generoso).

En Cornatel recíbele Saldaña,
que del mancebo lo que pasa inquiere.
Don Alvaro, con voz que el duelo empaña:

– Beatriz, del claustro es celestial semilla.
Iré por ella aunque para ello hubiere
de atravesar cien lanzas de Castilla.

III

LOS CRIADOS

Cap. I

Tarde de Mayo. Marchan departiendo
Mendo, Millán y Nuño, con cachaza.
Millán tiene de pícaro la traza.
Nuño es ya viejo. Mendo va diciendo:

– Bien hace don Alonso no cediendo
y de Lemus al conde abriendo plaza...
– Pero – dijo Millán metiendo baza –
¿qué te ha hecho mi amo, desabrido Mendo?

En esta tierra, de él nadie habla así.
– Cada uno arrima el ascua a su sardina,
y conde por señor nadie lo trueca.

. . . . . .

La tarde en sopor lánguido declina.
De Nuño en mano, bulle el fiel neblí,
y el sol, desde el poniente, hace una mueca.

Sebastián RISCO

SGCB2021

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

V I A J E R O

s uno de los aspectos más interesantes de este escritor leonés, a quien hoy rendimos un debido tributo, el de viajero. Viajero a quien impulsa una fuerza misteriosa, que le obliga a caminar. Viajero que pasa por la vida, con un gesto entre angustioso y doliente que le presta una gran aureola romántica.

Entre la inmensa variedad de viajeros que conocemos, se ha de hacer una sencilla clasificación: viajeros activos y viajeros reflexivos. Los primeros, por lo general, no se contentan con viajar, con ver, con cautivar por medio de la vista la renovada maravilla de todo lo creado; sino que además, como por añadidura que intenta dominar el exterior e imprimir en él su propia voluntad. Los segundos, por el contrario, se dejan penetrar por el sugestivo encanto del ambiente nuevo; lo gustan, lo asimilan y hasta en ocasiones, son ellos lo que se dejan modificar a su contacto. A los primeros pertenece el conquistador y el aventurero; a los segundos el científico y el artista.

Para nosotros, Enrique Gil debe considerarse incluído entre los últimos, puesto que sino le bastara ya su peculiar temperamento, toda la época en que vive, empapada de mórbido romanticismo, le obligaría. Pero tiene una nota característica, que nos confirma en la certeza de nuestra opinión. Esta nota propia es, que nuestro paisano, no prepara sus viajes, no los planea, ni los estudia; lo único que hace es dejarse llevar, dejarse impresionar, anotándolo todo en su diario de viajes con una exactitud cuidadosa.

Este diario de Enrique Gil Carrasco, empieza en París, el día 9 de Agosto de 1834 en el momento que subiendo a la silla de postas, sale con dirección a Lille.

Yo lo veo sentado en la berlina incomoda, con su enorme chistera, su corbata de vueltas y su gran levitón, todo tan de la época; pero bajo aquella indumentaria un un poco pintoresca que nos recuerda las figuras de los viejos grabados ingleses, viajaba un gran artista, viaja un gran viajero. Porque tengo para mí, que la condición esencial de Carrasco es esa: la de viajero. Viajero que por viajar, que vibra con todo lo creado, que ama cuanto vé: cielos, mares, campos, ciudades; viajero que adivina la esencia íntima de cada cosa; viajero en fín, que a veces como apartándose de todo, replegandose en sí mismo, situándose en el vértice de un ángulo visual iluminado por su genio poderoso, se complace en contemplar el complejo y vario espectáculo del mundo, espectáculo siempre nuevo y siempre interesante.

Como si esto fuera poco, Gil Carrasco tiene quizás como ningún otro escritor el sentimiento de lo fugaz y de la pasajero que es todo lo que vive. Este sentimiento tan peculiar de todo caminante, le acompaña casi siempre, apareciendo en su diario aquí y allá, en notas disimuladas en que habla de la muerte, como esta que escribió en la histórica Coblenza: «Si la muerte me condenará a vivir o morir lejos de los míos, de lo que he visto hasta ahora, escogería este pueblo»; o bien en apuntes claros y exactos, como aquellos que escribe en Francfort, después de visitar el viejo cementerio y compararle con el Pére Lachaisse de París «En los cementerios de Francia – dice – parece notarse un empeño de encubrir, por lo menos de disfrazar la muerte».

Pero al lado de estas observaciones tan personales y tan justas que de cuando en

cuando se le escapan, que agudeza, que finura, sobre todo para percibir la línea y el matíz en cualquier manifestación aún en las más frívolas y baladíes, como aquella otra que anota en el Kursaal de Wiesbaden, diciendo: «Como quiera que en pocas personas o cosas encontré materia digna de atención, sino en la rara circunstancia de que el wals es tan indígena en este país, que con él bailan hasta las polkas y los galops, sin que viera otra excepción que el rigodón o francesa como aquí llaman...» Esto es todo un tratado de psicología alemana que se podía desarrollar en varios volúmenes.

De esta forma nuestro paisano, camina mundo arriba en busca de la muerte, tomando aquí un cantar, más allá una tradición, más acá un paisaje, y acomodándolo, incrustándolo todo, sobre su gran romanticismo; sobre aquél vago sentimiento entre religioso y pagano que le infundió su tierra, la de los conventos en ruinas, la de los valles próvidos; tierra tan parecída a la que pisa ahora; tierra la que recuerda a cada instante, como cuando escribe en el trayecto de Gotinga a Hannover: «Entre otros valles he encontrado algunos que se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte mas seca, hacía Fresnedo».

Casi todo este diario, el que indudablemente conocemos muy mutilado, corre desde su comienzo con una gran serenidad y una gran transparencia, que no dejan adivinar la catástrofe que se avecina. Pero de pronto, esta claridad desaparece. El viajero va a llegar a Berlín, el Berlín de Federico Guillermo IV que se prepara a devenir la capital del futuro imperio; le espera allí el triunfo, la cima más alta de sus aspiraciones, la meta también, de su camino. Entonces escribe al llegar a Magdeburgo, con un sentimiento de nostalgia infantil, los siguientes renglones, que son los últimos que conocemos: «Esta ciudad, está a la orilla del Elba. Dos recuerdos especiales me ha traído su vista: el uno mi niñez, y el otro el de pocos años a esta parte. Es el primero el de Barón de Trenck, cuyo cautiverio y aventuras, tan ansiosamente leía en mi primera edad, bien ajeno entonces de que algún día había de visitar su teatro; y el otro, el tremendo cuadro que traza Schiller de su destrucción cuando luego su noble defensa cayó en manos del feróz Tilly durante la guerra de los 30 años». Después añade simplemente, «Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje».

Con esta frase final, el diario que se dió a la imprenta, el que podía darse, termina de un modo inexorable con fecha 23 de Septiembre de 1845. Se sabe si, que al siguiente día salió para Berlín; se sabe que en la Corte de Prusia fué muy bien recibido y agasajado; se sabe que tuvo amigos de la categoría e importancia del gran Humboldt, el caminante, el maestro de viajeros; se sabe que a los pocos meses, quizás solo y desamparado, como nos hace sospechar su partida de defunción, murió.

Y murió justa y precisamente en Alemania, en el momento crítico en que también moría el Romanticismo. Las selvas tenebrosas, los castillos medioevales, los ríos mitólogicos, todo quedaba atrás, como abandonado, como arrinconado, ante los grandes progresos de la química y la red de ferrocarriles que se extendía por toda la nación. La juventud de ahora, ya no era la juventud de las primeras corporaciones de estudiantes, aquella juventud exaltada que se extremecía con las rimas de Enrique Kleist. La juventud de ahora hablaba de aduanas y de cuestiones económicas, con preferencia a todo lo demás. Es por entonces cuando aparecen las primeras Sociedades obreras con carácter internacional. Una pesada ola de materialismo, amenazaba arrasar la nación. Gil Carrasco en el nuevo ambiente, no hubiera podido existir.

Consolemosnos por lo tanto los que en verdad le amamos, al considerar que murió joven en plena gloria, y quizás oportunamente aunque parezca irreverencia; no solo por lo que se relaciona con su estancia en Alemania, sino por lo que más le hubiera afectado, y nos hubiera afectado, que era su vuelta a España, su vuelta a Madrid. Dadá la inestabilidad de las cosas políticas de entonces, es más que probable, que de haber retornado a la patria, una vez muerto González Bravo que era quien le había protegido: es más que probable digo, que le hubiera esperado por toda recompensa un destino de diez mil reales, y media docena de pequeñuetos.

De haberle ocurrido tal, a buen seguro que nuestro héroe a pesar de todo su talento, no hubiera podído pasar a la posteridad, ni como romántico, ni mucho menos como viajero.

León MARTÍN – GRANIZO

SGCB2021

UN DONCEL ROMÁNTICO

HERMANGARDA, BELISA, POLICIO, SILVESTRE, SARDONIO

> The ways of Death are soothing and serene, and all the words of Death are grave and sweet; from camp and church, the fireside and the street, She beckons forth—and strife and song have been.
>
> A summer's night descending cool and green and dark on daytime's dust and stress and heat... The ways of Death are soothing and serene, and all the words of Death are grave and sweet.
>
> HENLEY

Silvestre

n estos atardeceres, al umbral del verano, se gozan instantes de infinita paz. Es como el acabar de una batalla. El sol se me imagina viejo galeón, de blasonadas velas de colores, de casco esculpido y policromado, de quilla enmohecida por legendarios periplos, que viene a fenecer en un claro combate.

Policio

La última vibración del cañoneo se ha desleído en el ambiente. Humeantes aún las bocas de sus cien carronadas, desgarradas sus velas y quebrados sus mastiles, el viejo galeón se abrasa en la gloriosa hoguera de su casco, que le empavesa de honor, con la cabellera de sus oriflamas, gallardetes y grímpolas desgreñándose al viento.

Silvestre

Y en la serenidad de un mar todo sosiego, el galeón del sol se anega y se sumerge poco a poco...

Belisa

Tan solo en el silencio de las cosas, los gritos de los vencejos celebran la victoria de la noche.

Sardonio

Y es, de cierto, un instante de paz infinita. Que sólo en lo fugaz y momentáneo reside el sabor de lo eterno.

Hermangarda

Ese instante de paz no lo es para mí. Vuestro mar de sosiego es hondo y amargo como todos los mares, y más me parece océano de melancolía, en el cual se hunde también, a par del sol, la pobre carabela de mi alma.

Sardonia

La paz, Hermangarda, aunque no tenga fin, se acaba enseguida. Este es un astro de guerra. Tras el instante de sosiego vuelve la agitación, así como detrás del sorbo de agua en el manantial vuelve para el viandante la larga penalidad del camino.

Belisa

Sí. esta es la hora de las evocaciones y de los ensueños. La hora romántica,

Policio

La hora romántica por lo fantasmagórica. El mundo vivo pierde en ella su cuerpo y su color. Las cosas apenas guardan de su existencia material más que siluetas fantasmales, negros perfiles, sombras chinescas. El Hada Irrealidad cruza por entre nosotros, arrastrando en el polvo de lo vulgar y diurno su larga cola de maravilla.

Belisa

Una cola que llevan, a manera de pajes, los trasgos y los silfos.

Silvestre

La hora romántica, no por lo ficticia e ilusionante, sino por lo henchida de amor ardiente y puro. Con el día se han ido

todas las bajas preocupaciones terrenas, todos los sudorosos y polvorientos afanes mezquinos. Y es ahora como una redención del alma prisionera. En el acallamiento de los tumultos triunfa la voz esencial de nosotros mismos; un ansia viva de libertad, de gloria y de pureza nos orea el corazón reseco, y nuestros ideales, nuestras nobles y heróicas ambiciones surten bullentes de él, con la primera estrella.

Hermangarda

La hora romántica, amigos míos, por lo rebosante de un dolor sin fondo. Después de la batalla sanguinosa del día; después de la rabiosa pugna, llena de traiciones y ferocidades, llega la hora de enterrar a los muertos. La noche extiende sobre el mundo ese paño con el cual la piedad cubre todo cadáver. Y en la sombra, callada y secreta como un regazo amoroso, viene el recuento de nuestras orfandades; viene la sorda angustia de las despedidas eternas; viene el anhelo asaetado de lo puro, de lo excelso; viene el sollozo de las sedes insaciadas; viene acaso, por fin, la melancolía serena, como una hermana.

Sardonio

Queridos, nuestras palabras han sido aldabonazos al portón de los espíritus. Ya hay luna sobre la vega, ya ha cantado el primer ruiseñor. Mirad: bajo las alamedas, en la ténue brumazón de los rocíos, se han condenado en apariencia humana las ánimas románticas que fueron. Los doncels de la noche vienen hacia nosotros. ¿A cuál escogéis? ¿A quién queréis rendir la piadosa ofrenda de una evocación encariñada?

Belisa

Hablemos de Chopín, alma de flor de noche.

Silvestre

Hablemos de Espronceda, alma de libertad y de pasión.

Policio

Byron es el Romántico.

Sardonio

Y Heine es Lo Romántico.

Hermangarda

Yo hablaría de Schuman. Schuman es el tormento de vivir.

Sardonio

Pongámonos de acuerdo sobre un nombre menos resonador, no menos melodioso: Enrique Gil.

Policio

No es ese nombre tan callado como pensáis: un doctor alemán le va a dedicar un libro.

Sardonio

Ya me contaréis lo que diga buen Policio, mi carpintero no dejó lugar en mis anaqueles para los libros *in-folio*,

Belisa

Me gusta Enrique Gil. He visto un retrato suyo: era muy guapo.

Policio

Se veía en su cara el trasluz de su espíritu.

Sardonio

Es bastante posible que haya poetas feos. Lo que no puede ser es que sean feos los retratos de los poetas.

Silvestre

Me gusta Enrique Gil. Y no por su retrato. Me gusta por su amor entrañado a la naturaleza; por el olor a campo y la luz de aire libre que tienen sus escritos; por sus vibrantes dones de descriptor, de paisajista; por la íntima y serena maestría con que evoca los panoramas y los rincones de esta tierra nuestra, de la que él salió también, y a la cual no volvió cuando muerto.

SGCB2021

Hermangarda

Me gusta Enrique Gil por humilde y por desventurado. El recato de su muerte y de su tierno corazón se muestra en sus poemas de una manera tan dulce, hay en la humildad de su carácter una esquisitez de tal quintaesencia, que bien puedo decir que su alma fué una fresca y pura violeta, hermana de aquellas que, andando por sus versos, se encuentran a cada paso. Flor de delicadeza, en este rudo páramo de cardos y aliagas, escondida en la soledad de sus meditaciones. ¡Pobre y suave flor. que arrancada a su natal pradera, se desmayó en el vaso de que era cautiva, tan rápidamente!

Sardonio

Me gusta Enrique Gil, porque es el arquetipo del doncel romántico.

Policio

¿Qué es ser romántico?

Belisa

Ser romántico es tener ilusión, es ser elevado y noble. Ser romántico es ser poeta.

Policio

El romanticismo no fué otra cosa que un hervor de egolatrías. El culto al yo rompió fragorosamente las viejas normas de impersonalidad a que obligaba la social disciplina, y aún el romanticismo fue la resolución proclamante de los derechos de la persona. Es natural que un hombre ególatra se haga ilusiones, la egolatría lleva de la mano a la quimera. Esquemáticamente, romanticismo es, pues, quimérica preocupación de sí mismo.

Silvestre

Eso acaecerá dentro de las almas vanas y sin personalidad. En los espíritus con fuego propio romanticismo es liberación, es soberanía, es aspiración a lo heróico. Pues únicamente la esclavitud a los hechos menudos de la vida, el enredamiento en lo miserable es lo que hace mezquinos y flacos a los hombres.

Hermangarda

Romanticismo es sed insaciada, es no hallar en la vida alimento al amor sin linderos que nos oprime el corazón, es ansia infinita de más allá, es ser «flecha de anhelo hacia la otra orilla».

Sardonio

Romanticismo es cuanto habéis dicho todos, y algo más, a saber: el sabor de la tristeza. La ática serenidad se pierde en lo romántico por la voluptuosidad de ser melancólicos. Es como una embriaguez de ese dulce y fuerte vino que es el dolor, lo que hace de los grandes románticos caballeros cruzados de la tristeza de vivir, metafísica Helena de sus Iliadas. Desde la infancia, la tristeza de vivir cuelga del alma de Enrique Gil y Carrasco sus hiedras insinuantes.

Hermangarda

Niño aún, corría por los montes de su país a esconderse en la niebla, que después cantó, poeta. Fué sí, un soñador, un ilusionado, pero quizá sus sueños manaran de las sedes de amor de su alma apasionada, solitaria siempre. Acaso refugió en la quimera los desamparos de su ternura sin objeto. Corre por sus versos el hondo y vago anhelo de una amorosa compañera que no encontró jamás. Y, moribundo, en su desgarrado apagarse, allá en Berlín, todavía ensueña a «la virgen de los valles» que ha de cortar las violetas de su tumba.

Belisa

Hoy, aunque lo quiera, no podría cortarlas. No tienen sepulcro los huesos de Enrique Gil.

Policio

¡La eterna y lameñtable incuria en que vivimos!

SGCB2021

Sardonio

En este caso, incuria bienhadada. Merced a ella tiene unidad de hermosura la romántica vida de nuestro doncel romántico. ¿Cual remate más bello para una existencia de poeta, para un vivir de elegía, que esa muerte en la soledad, en el destierro, y del mal de que murió la Dama de las Camelias? ¿Y qué final pudiera imaginarse, al fingir una historia de poeta romántico, de más genuína emoción y de mejor estilo que la desaparición de su esqueleto en la fosa común? Mientras los huesos de Enrique Gil, impíamente exhumados, confunden sus cenizas con los de otros mil desheredados difuntos, el honrado esqueleto de un buen Müller arrellena comodamente en la sepultura del poeta. Pues bien, este honorable Müller, al desahuciar los restos de Enrique Gil de su última morada, le ha rendido con ello el mejor homenaje; el de poner a su historia un epílogo digno de ella. ¡Cuanto menos romántica y menos acabadamente hermosa no sería esa historia, si Enrique Gil tuviera su lápida en un cementerio, como cualquier filisteo!

Policio

Tus humorismos son algo macabros.

Sardonio

Desecha, ¡oh buen Policio!, ese débil criterio de la muerte es más bella cuanto mayor y no hay muerte mayor que la hermosa muerte de dispersarse al azar, sin posible rastro, en las entrañas maternales de la tierra. Después de un vivir apasionado y doliente, el morir corona a sus elegidos. Cuando el Angel de alas negras se acercara a Enrique Gil para llevarle a su postrer destino, se le allegaría como lo cuenta el noble poeta inglés:

»Los caminos de la Muerte son apaci-
»guadores y serenos, y todas las palabras
»de la Muerte son graves y dulces; del
»campamento a la iglesia y del hogar a la
»calle. Ella nos hace su seña - y el afán
»y el cántico han sido:

»Noche de verano cayendo fresca y verde
»y oscura sobre el polvo y el tráfago y el calor del
(día...

»Los caminos de la Muerte son apaciguadores y serenos, y todas las palabras de la Muerte son graves y dulces».

Alfredo NISTAL

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

E L G R A N L E O N É S

DIPUTACIÓN PROVINCIAL LEÓN BIBLIOTECA REGIONAL

Y si la personalidad literaria de Enrique Gil Carrasco no ocupa en la Historia de las letras españolas un lugar eminente en la Historia de las letras leonesas deberá colocársele, sin disputa, en el puesto de honor. Porque a la valorización de sus méritos de escritor castizísimo, de novelista vigoroso, de exquisito poeta, celebrados generalmente, nosotros hemos de añadir —mejor diría de anteponer—otra cualidad fundamental: la de su leonesismo, que llega a constituir una verdadera obsesión que le absorve por entero.

En efecto: puede decirse que la totalidad de la obra de Gil Carrasco—excepción hecha de algunos artículos, pocos, y poesías sueltas—es obra leonesa en esencia y potencia. Leonesa es su principal producción, la gran novela «El Señor de Bembibre» —que basta para perpetuar su nombre—; leonesa, su encantadora leyenda «El lago de Carucedo»; leoneses, sus interesantes y amenísimos trabajos sobre «Costumbres y viajes».

Enrique Gil, con solo su «Señor de Bembibre» hace más labor leonesa que toda una generación posterior. El espíritu regional vive en él, de tal modo, que apenas hay momento en su vida, en que no se manifieste con desbordante efusividad. Es leonés siempre. Cuando se dispone a crear la figura de *D. Alvaro Yáñez*, cómo cuando urde maravillosamente los trágicos amores de *Salvador* y *María*. Los motivos, el escenario, las descripciones, todo es leonés.

No conozco ningún otro escritor antiguo ni moderno que haya sentido tan intensamente la preocupación de nuestra tierra.

¿Hará falta recordar sus sabrosísimos artículos. *El pastor trashumante*, *Los Montañeses de León*, *Los Maragatos*, y el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, —admirable estudio geográfico, artístico e histórico de nuestra provincia—en los que de manera tan delicada cantan las bellezas naturales del terruño leonés, y pinta donosamente las pintorescas costumbres de sus hijos, realizando con ello una labor cultural y artística, formidable?

Pero lo más emocionante, para mí, de esta primordial cualidad, de Enrique Gil, está en su viaje al extranjero, del que no había de volver.

El poeta emprende su éxodo, llena su alma de recuerdos del rincón nativo, que no le abandonan jamás, y ante cada ciudad, ante cada monumento, ante cada paisaje, surge en su cerebro la evocación amorosa de la patria chica tan lejana.

Primero es durante su permanencia en la nación, francesa, cuando escribe desde Rouen:

«Hasta el día, no he encontrado en lo que llevo recorrido de Francia, portadas iguales a las de la Catedral de León, que no parecen sinó otras tantas páginas del *Apocalipsis* y del *Dante*».

Luego, ya camino de Berlín, en el sencillo *Diario de Viaje*, que escribiera a su paso por las distintas poblaciones que recorría el recuerdo leonés, persiste a cada instante con mayor tenacidad. Así puede leerse en sus notas:

Bruselas. – 10 – Agosto – 1844.

(El poeta contempla la ciudad desde la torre de la Catedral).

«...Semejante panorama nada tiene de

común con el que ofrecen las torres de la Catedral de León...»

. . . . . .

Bonn. – 5 de Septiembre.

«...En el camino, sobre todo en la perspectiva de las Siete Montañas, he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo, de León».

. . . . . .

Coblentza. – 18 – Septiembre.

«...Estos bosques, de cuya verdura y lozanía sólo he hallado ejemplo en algunas de las montañas del Bierzo, y, sobre todo, entre Peñalva y Montes...»

. . . . . .

Laach. – 10 – de Septiembre.

La abadía «no tiene dos cruceros, como equivocadamente dice la Guía de Murray, pero sí dos coros o semicírculos, a semejanza de Peñalva, en el Bierzo».

Del lago de Laach. dice: «Traíame a la memoria el lago de Carucedo y los paseos que he dado por sus orillas, pero por mucho que me complaciera el que tenía delante, recordaba con gusto el de mi país, mucho más grande, más variado y más hermoso».

. . . . . .

San Goar. – 11 de Septiembre.

«...Se goza una vista deliciosa (se refiere al Castillo de Thurnberg), con el *Gato* y el *Ratón* (dos castillos así llamados) por delante, el río a los pies, y a la espalda un valle angosto pero lindo, con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadón, en el Bierzo».

. . . . . .

Bingen. – 12 de Septiembre.

«Antes de salir de San Goar esta mañana, fuimos a recorrer un valle que llaman el *Valle Suizo*, y que comienza en el castillo del *Gato*. Es lindo, pero nada nuevo me ha ofrecido, ni aún iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León».

. . . . . .

Cassel. – 22 de Septiembre.

«...En general (habla del camino de Francfort a Cassel) he encontrado muchas analogías con otros parajes de las montañas de León».

. . . . . .

Hannover.—22 de Septiembre.

«...Entre los valles y cañadas he encontrado algunos que se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sinó en la parte más seca, hacia Fresnedo».

. . . . . .

Este ingénuo rosario de evocaciones, no cesa en todo el viaje. Por eso cuando le acompañamos – al leer su *Diario* – con nuestro espíritu; cuando desfilan ante nosotros, en galana descripción los encantos naturales o las joyas artísticas de otras tierras, nos invade una emoción acariciadora; confundimos nuestra alma con las exaltaciones de la del poeta, compartimos sus añoranzas; y ya nos queda grabada para siempre, la imágen de aquel hombre, que marchó por el mundo adelante y desapareció allá muy lejos, con una sola visión en sus ojos y un solo nombre en sus labios:

Los de su tierra.

Fernando BLANCO

EL PRIMER PAISAJISTA ESPAÑOL

Tal vez haya alguien que tilde este título de atrevido, creyéndole hijo más bien de mi admiración por nuestro paisano poeta que mi amor a la verdad. Mucha es en mi la primera, pero mucho mayor el segundo, y, en este caso, afortunadamente unidos van uno y otra. Mis lectores juzgarán si acierto o yerro.

Entre los méritos literarios del *ruiseñor berciano*, hallo dos dignos de mención especial. Uno, el no haberse contaminado con los graves defectos de la literatura al uso entonces; otro, el encontrarse en sus obras modos y maneras literarios, muy posteriores a él, y creadores de escuelas nuevas.

Es Enrique Gil y Carrasco, a mi juicio, quien puso los cimientos del *paisajismo*, afianzó los del realismo y preludió los del modernismo.

Apenas si alguno de nuestros escritores, incluyendo en ellos a todos los clásicos, paró mientes en la naturaleza y se dedicó a describirla. Fray Luis de León, Garcilaso, Lope de Vaga, Cervantes, Gracian, muy de vez en tarde dan una ligerísima pincelada (maestra, eso sí), sumamente rápida, que desaparece, apenas comenzada a gustar, dejándonos en el alma el deseo de más, como si lo, para ellos, muy secundario quisiéramos nosotros verlo convertido, a veces, en principal. Estos fugacísimos toques, (dados sólo de *ocasión*, y cuando no se podian huir), por su escasísima cantidad y por su rapidez en manera alguna se deben considerar como los precursores de la delectación, a que últimamente se han entregado literatos y lectores, enamorados ambos de los panoramas campestres.

Hoy como ayer la naturaleza es igual, con las mismas bellezas, los mismos encantos, los mismos contrastes y las mismas perspectivas. Ayer como hoy hombres hubo que así lo apreciaron, y en nuestra rica literatura los mismos, que no se detuvieron en descripción alguna, ante los ojos nos pusieron en sus obras hombres que sabían sentirla. Usaron del campo únicamente para las imágenes. Como elemento artístico el amor al paisaje jamás pasó de ser algo sumamente secundario, al extremo de que en toda nuestra abundantísima literatura no solo no encontraremos una sola obra descriptiva, sinó que ni hallaremos diez líneas de descripción en las composiciones literarias, sinó después de un rebusco pacientísimo y sumamente detenido. Tan rarísimas son, y tan cortas, y tan incompletas. Descripción verdad y acabada no hay una sola en toda nuestra literatura, desde Gil atrás.

¿Quien diría en los comienzos del siglo pasado que, a su terminación, tal desarrollo habría adquirido lo que llamaremos el *paisajismo*? Con este ha ocurrido lo que con las modas. De tal manera se abusó de un tan valioso recurso de arte, que estragado por algunos, no pocas veces, nos han dado los escritores de más y peor lo que antes habíamos echado de menos y mejor.

Al leonés Enrique Gil cabe la gloria de ser *el primero* que en sus artículos y en su novela dió la España descripciones completas de encantadores paisajes, aportando así al rico acerbo de los literatos posteriores el nuevo e importantísimo elemento de belleza, en el que nadie había reparado hasta él, y con el cual tanto se avaloró el tesoro de las artísticas creaciones de la pluma en las obras de esparcimiento del ánimo.

Ni López Soler en *Los Bandos de Castilla*, ni Larra en *El Doncel de D. Enrique el Doliente*, ni Espronceda en *Sancho Saldaña*, ni García Villalta en *El Golpe en vago*, ni otro alguno anterior a Gil se deleitó, cual él, en la descripción de paisajes, ni supo, o, al menos, intentó, poner a la vista del público, para recrearle con adorno tan preciado. Nuestro ha sido en el orden cronológico el primer paisajista español, y a los panoramas de nuestra provincia leonesa cabe la honra de ser los primeros descritos minuciosamente en la literatura española. Los posteriores a Gil y Carrasco comenzaron a seguirle en el hermoso camino, que descubrió, llegando en él a las sublimidades de Pereda, y viniendo a ser ya el paisaje elemento artístico semi-imprescindible en toda obra de entretenimiento.

Azorín, que indudablemente tiene grandes atisbos y grandes errores, después de afirmar que en *El Señor de Bembibre nace por primera vez en España el paisaje en el arte literario*, pregunta si lo sabía Enrique Gil y si sería su propósito, no el de tejer una fábula novelesca, sinó el de tomar de ella motivo, para ir ensartando paisajes y más paisajes de la bella tierra del Bierzo. Difícil es penetrar en las intenciones: yo aventuro la contestación afirmativa, aunque no la exclusiva, o sea, Gil y Carrasco se propuso no como fin único, pero sí como uno de los principales de su novela, describir el hermoso país berciano, porque sólo así se explica la cantidad de descripciones maravillosamente hechas.

Las reducidas dimensiones de un artículo no dan espacio, para expresar lo que, a mi ver, intentó Gil en su novela (asunto del que en otro lugar me ocuparé), pero si podemos afirmar que el escenario le preocupó tan hondamente, y tal atención puso en él que es uno de los mejores aciertos de la que yo considero como la mejor novela del periodo romántico, y quizá una de las mejores históricas, según a su tiempo intentaré demostrar.

Gil y Carrasco por otra parte, no fué el primer paisajista español *por casualidad*, digámoslo así, sino que lo fué conscientemente, porque vió un nuevo género de belleza, que, o no habían visto, o no habían querido expresar otros, mientras que él abrió la inexplotada cantera, de la que tantos escritores extrajeron después tan ricos y hermosos materiales. Dado nuestro poeta a la soledad y a la melancolía, amando cual amaba entrañablemente al Bierzo, y habiendo tenido la suerte de haber nacido en una de las regiones más hermosas del suelo español, se le adentraron en el alma aquellos idílicos paisajes tan dulces, tan amables, y por los puntos de su pluma salieron descritos con toda la placidez, con toda la suavidad, y con toda la melancolía, que en si tienen.

Cree Azorín qne la manera de Gil, comparada por él a la del pintor Haes, es algo lamida y suave y aún un tantico teatral, concordando admirablemente con el paisaje retratado. Yo creo lo contrario: que por ser precisamente así el paisaje del Bierzo, y

SGCB2021

por concordar esta realidad de la naturaleza bercia-na con la realidad del sentimiento melancólico del poeta, es por lo que éste describió en la forma que lo hizo, a saber, llegando a la plenitud de la expresión artística, que es dar exacta idea de lo descrito.

Que Gil y Carrasco no describiría tan bien «un desamparado paisaje de la Mancha, u otro abrupto de Gredos, u otro andaluz, pletórico de luz y color. Conformes. Sus ojos hechos a la neblina norteña se ofuscarían con el sol meridional, la vista, acostumbrada a los mimosos valles bercianos, no acertaría a recrearse en las llanuras manchegas, y las desnudas montañas no son las alturas predilectas de nuestro poeta. Siendo el literato berciano un enamorado de la naturaleza, y habiendo pasado en su viaje a Alemania por sitios bien diferentes, en su Diario solo nos dá cuenta de los *suyos*, y pasa por alto los que desde luego merecen descripción, pero hecha por manos adecuadas. La de Gil no lo eran para esos panoramas, y por eso, con muy buen acuerdo, no los describió: lo cual no es defecto, sinó merecimiento de subidos quilates, pues de verdaderos artistas es saber para lo que se vale y mantenerse discretamente en su puesto. Muy caro se ha pagado y se pagará siempre en arte y en todo, salirse uno de su propia esfera.

Téngase además en cuenta que el poeta leonés pertenecía a lo escuela llamada *septentrional* por el sabio D. Marcelino, y ésta no gusta de paisajes fuertes ni duros, sinó todo lo contrario. No es mejor poeta el que a diversos matices de belleza dedica sus cantos, sino el que la expresa, aunque sea en uno solo.

Indudablemente Gil y Carrasco tuvo la clarividencia del paisaje, que no habían tenido sus antepasados, ni tuvo ninguno de sus coetaneos, y que, de acá, ha dado en tan poco tiempo tan preciado caudal de admirabilísimas páginas «Galicia no fué para Pastor Díaz – dice Lomba –, ni Andalucía para el Solitario, ni las sierras de Extremadura para Larra, ni la mitad de España, toda Francia, y toda Bélgica para Mesonero Ramos, ni Cuellar para Espronceda lo que fué para Gil y Carrasco la Provincia de León y en especial el rincón berciano». Esto es un timbre de gloria leonesa, que apenas se conoce, y que no hemos sabido apreciar debidamente.

Ya Piñeiro escribió: «Gil, que con sus ojos velados por las lágrimas veía y tan poéticamente sabía reproducir el paisaje melancólico de las tardes de otoños e inviernos de su tierra natal, a las orillas del Sil, a la sombra lejana de las montañas de Galicia, engasta a menudo en medio de su narración, con suaves frases como caricias, delicadas pinceladas de miniaturista, paisajes naturales exquisitos».

Fíjense mis lectores el valor que tiene la siguiente afirmación en la pluma de quien tanto conoció y tan bien escribió del romanticismo en España. *No sabía Walter Scott componer prosa como la de este trozo de Gil*, que tomó, entre otros, al azar.

«El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles: las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigueñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación, que ya habían caido, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados, que, delgazados a veces por el viento, y esparcidos por entre las grietas de los peñascos, y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios e hinchados, los pajarillos volaban de un lado a otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados, recién despojados de su hierba, balando ronca y tristemente. La Naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno».

En la hermosura delicada de las anteriores líneas claramente vemos la predilección de Gil por determinados paisajes, por los *suyos*, repito por los suyos, que son los nuestros. Ser el panorama leonés y especialmente el berciano aquel en que de la manera bellísima, que hemos visto, se dió la pauta de la literatura descriptiva española es quizá la mayor joya de tantas como a nuestro paisano debemos.

El amanecer en el campo, lo describe así:

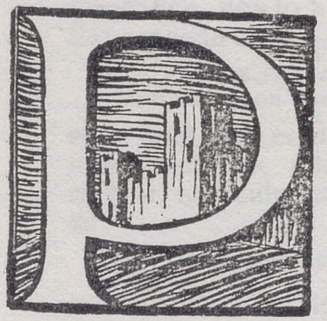
«Caminaba a orillas del Sil, ya entonces junto al Boeza, y con la pura luz del alba, e iba cruzando aquellos pueblos y valles que el viajero no se cansa de admirar, y que a semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna, ora praderas frescuísimas y de un verde delicioso, y de cuando en cuando solía encontrar un trozo de camino cubierto a manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían en un declive manso a veces y a veces rápido, las montañas, que forman la cordillera de la Aguiana con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles; y pintados jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño una tonada apacible»,

Innumerables seríamos copiando paisajes descritos por nuestro leonés poeta. Bastan los apuntados y agradecerán mis lectores les aconseje lean en las obras de Gil y Carrasco los que faltan.

Para terminar. Con dos amantes e ilustres hijos de León firmé a diversos Ayuntamientos ya nuestra Diputación Provincial una solicitud pidiendo el traslado de los restos del poeta. Parece han desaparecido. Gran dolor sería, pero en manera alguna obstáculo para que algo se haga. Con mi deseo de hacer en honor de Gil y Carrasco lo que mucho ha debía estar hecho, se unía el no menos vivo de ponernos al habla los leoneses. ¿Será posible una y otra cosa? Así lo espero. Al Presidente de la Diputación de una manera especial y a los distintos Ayuntamientos, a quienes se ha pedido *únicamente* que convoquen las juntas en las respectivas ciudades, para que estas con aquel se pongan de acuerdo, incumbe una y otra cosa. Ellos podrían, oficialmente cerciorarse de lo que particularmente tememos; ellos podrían en caso adverso, idear lo que todos secundaríamos: ellos pueden a poca costa inaugurar la obra de leonesismo por la que muchos suspiramos.

José M.ª GOY

EL PERIODISMO DE GIL CARRASCO



uede decirse que en España no hubo periódicos hasta la muerte de Fernando VII.

De tal modo estaba la libertad prescrita y tan amordazada la verdad, que aunque no hubiera tenido un criterio en todo contrario a las publicaciones, nada hubiera tenido que decir.

Si se ahorcaba por escuchar una conversación tan sólo, como al coronel Moscoso; por tener una pintura en que aparecía Fernando en unas puntiagudas rejas de hierro y una inscripción que decía: «Vayamos todos y yo el primero por la senda borrical de la reacción»; si se condenaba a muerte por tener un retrato de Riego y se llevaba al patíbulo al infeliz zapatero Juan de la Torre por exclamar: «¡Libertad! ¿dónde estás que no vienes?» ya se comprende que aun cuando Fernando VII y sus contertulios hubieran anunciado propósitos de fomentar el periodismo, las plumas agarrotadas por el miedo nada hubieran podido hacer.

No hay período para la literatura española, más pobre, más lamentable, más decadente que el de Fernando VII.

Bien es verdad, que en todos los demás aspectos ocurrió lo mismo, y lo que es aún más raro y forma tremendo contrasentido, es que si una tiranía brutal y desenfrenada proclamando que era «perniciosa la manía de pensar», consiguió desterrar, amordazar y sepultar en *impace* tenebroso el ingenio, en cambio el hacer de España un bosque de horcas, no ejerció ninguna fuerza intimidativa y *Jaime el Barbudo, José María, los siete niños de Ecija* y otros legendarios heroes de la misma calaña, eran dueños y señores de los caminos, que imponían tributo a los mismos transportes del Gobierno, y según cuenta *Mesoneros Romanos* «En las ciudades y en el mismo Madrid eran frecuentes los ataques contra la propiedad y las personas, ejecutados no con ingeniosos procedimientos ni estudiada astucia, sino franca y descaradamente, en medio día». Y cita el caso de una señora «muy conocida» arrancada violentamente del mismo brazo de su marido en una noche de verbena de San Antonio, y el de «otra que salió de tertulia en la calle de Atocha acompañada de un criado, fué arrastrada por dos audaces libertinos hasta el alto de San Blas, donde saciaron en ella, su brutal apetito». «Hasta el mismo claustro se se vio contagiado de este desenfreno, siendo teatro del horrible asesinato del abad de San Basilio, perpetrado por su misma comunidad; y pudiera recordar también otro fraile, no sé de qué orden, que ví conducir al patíbulo por haber dado muerte, y con los más repugnantes detalles, a una mujer con quien tenía relaciones».

Y véase por tanto el estado de las costumbres en tiempos de Fernando VII, que no hemos hecho más que soslayar, pero que constituye un tema altamente sugestivo y sirve para evidenciar que los periódicos en truculentas relaciones de crímenes y sucesos, no han inferido nunca en el fomento de la criminalidad, ni en la perversidad de las costumbres, como nos demuestran los repugnantes crímenes, asesinatos, sevicias, salvajadas y estúpida barbarie de estos tiempos a que nos referimos en los periódicos, no existían de hecho aunque hubiera alguna manifestación espóradica, influyendo por el contrario en las costumbres decisivamente para moralizar al ilustrar.

Murió Fernando VII y al momento comenzó esa actividad periodística más inaudita, impulsada de una parte por las ideas de libertad y de reacción, que continuaban el duelo que comenzaron en las Cortes de Cádiz, y más tarde en tiempos de la Constitución y de la otra parte, por los potentes núcleos de poetas y literatos que formados en Madrid desde que los afrancesados y los desterrados por Fernando regresaron, habían atraído con su brillo a cuantos en provincias valían...

Uno de los que acudió fué Gil Carrasco, pero ¿fué periodista en la forma que en esa actualidad concebimos al periodismo?

Gil Carrasco, tenía cierto descén por la política y no compartía el criterio román-

tico que a la sazón imperaba. El criterio romántico, nos lo ha puesto de manifiesto Espronceda en sus versos, cuando dice:

Terco escribo, en mi loco desvarío,
sin ton ni son y para gusto mío.

en lo cual se comprendía el desdén a todo precepto, a toda disciplina, a toda ciencia, que culmina aún más en aquello de

Yo con erudición ¡cuánto sabría!

ironía, que un crítico califica de «síntoma de la barbarie de una sociedad decaída y postrada».

Y Gil Carrasco no compartió aun conviviendo con Espronceda este criterio, ya que ni pensó «que la gramática era un código convencional, inspirado por la senectud, al que no sólo hay que encerrar con seis llaves, sino procurar olvidarse de su existencia», ni desdeñó la erudición. Dechados de concepto son sus obras, jamás escribe repentizando, da a la erudicción todo el enorme valor que tiene y no se puede decir de él, lo que de alguna brillante pléyade de escritores puede decirse con Moratín, en su *Sección poética*.

Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
como mi patria los miró algún día,
No es más que un mentecato pendenciero,
El gran Cortés y el hijo de Jimena
Un baladrón de charpas y Sifero.

El periodismo, como agua contenida que burbujeante y coronada de espuma, al romper el valladar que se oponía a su paso lo invade todo, tras la forzosa abstinencia, clama, grita, amenaza, ruega, gime, combate. Se glosan las teorías economistas de Adam Smith, se defienden las de Bentham, se habla de constituciones, de cartas magnas, de derechos imprescriptibles e incalmables; se censura el sistema penal que mas tarde Ortolau el sabio catedrático de París había de motejar de «la barbarie del siglo XIII». Se combate a personajes políticos, se buscan prosélitos y unas veces son ataques nobles y otras se llega a la chocarrería.

Pero al lado de todo esto, lo volandero, lo que pasa, comentarios del día, luchas del momento, la actualidad que podemos decir para sintetizar, los periódicos se llenan de poesías, de cuentos, de fragmentos literarios.

El ingenio español siempre fué pobre y en la imposibilidad de encontrar editores para sus obras las daban a los periódicos.

Sabido es que Zorrilla después de haberse dado a conocer en febrero de 1837 aquella luctuosa tarde en que se celebraba el entierro de Larra, con aquellos versos que empiezan

Ese vago clamor que rasga el viento
Es el son funeral de una campana...

lectura «solemne y patética que sorprendió a los circunstantes» entró a formar parte de la redacción de un periódico, donde por unas pocas de pesetas, había de llenar unas cuantas columnas de versos.

Y ese fué el periodismo de Gil Carrasco.

No la nota del momento, el comentario apasionado influído por las circunstancias y por el partido, sinó el periodismo del escritor castizo, que lleva al periódico, lo que por distintos motivos no puede llevar al libro...

J. PINTO MAESTRO

ENRIQUE GIL Y CARRASCO EN BABIA

l romántico autor de *El Señor de Bembibre* estuvo en esta bella región leonesa en el año 1837, según su artículo *Los montañeses de León*, que fecha en 8 de Agosto de dicho año en Palacios del Sil, y en el que dice:

«*Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo, pasando por Astorga,*» con el pensamiento de recorrer las *Montañas de León*, «*cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para la Coruña, y visitar el litoral de Galicia*».

«*Con tal intento y siguiendo el curso del Sil, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del Bierzo, atravesé los valles de la CEANA y la OMAÑA, y me detuve en los últimos términos de Babia.*»

En este artículo, Gil y Carrasco, empieza diciendo; «*Aquí me tienes, mi querido A.. , perdido en un delicioso país; y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años a esta parte*», y, efectivamente, tan era así, que hasta que se público en el *Semanario Pintoresco Español* en Abril de 1839 el artículo a que vengo refiriéndome, Babia era un país casi desconocido incluso para los mismos leoneses que, pocos aficionados a viajes y excursiones, no se aventuraban a *descubrirle* y seguían teniendo de él una idea confusa, tan confusa, que muchos dudaban de su existencia.

Bien es verdad que aún los más cultos apenas si habían podido enterarse en los libros de su existencia, porque hasta dicha fecha, tan sólo mencionaron a Babia, entre algún otro, Antillán en un tratado de Geografía; Quadrado con el nombre de Badabia, como se la llamó en la Edad Media, y Jovellanos en su informe *Sobre la ley agraria*.

Babia es, sin embargo, después de la maragata, la región más interesante y definida de la provincia de León.

Se subdivide en *Babia Alta* o de *Suso*, y *Babia Baja* o de *Yuso*, constando aquella de trece pueblecitos y de quince ésta, de los que el de La Cueta, que pertenece a la primera, tiene los barrios de Quejo y Cacabillo, correspondiendo también a ella los caseríos de Vildeo y Carrasconte.

A la otra, a *Babia Baja* o de *Yuso*, pertenece el pueblo de Riolago, en el que existen las ruínas del palacio que edificó el Marqués de Montevirgen (propiedad hoy de doña Marcelina A. Carballo), en el que se hospedó Enrique Gil y Carrasco durante su estancia aquí, como en esta misma excursión estuvo en Palacios del del Sil en otro del mismo marqués, cuya familia debía tener al ilustre berciano en la alta estima que él se merecía.

Babia fué un país exclusivamente pastor que a Gil y Carrasco le inspiró otro notable artículo, titulado *El pastor trashumante*, pero ha cambiado mucho este carácter, siendo contadísimos los ganaderos que conservan sus rebaños y, aún cuando continúa siendo un país eminentemente ganadero, empieza a caracterizarse, sobre todo Babia Alta, como región minera abundante en carbones en los términos de Piedrafita, Quintanilla y Peñalba, y en el ayuntamiento de San Emiliano en los de Candemuela, Genestosa, Torrebarrio y Truébano.

Al entrar en Babia, su paisaje, que es muy sugestivo y original, sorprende por sus verdegueantes praderas y amplias vegas, contrastando con su peladas montañas, desprovistas de vegetación. Obedece esto al antedicho carácter eminentemente pastor de sus habitantes que, paulatinamente, fueron quemando los montes porque sus grandes frondosidades eran enemigos que, además de albergar los lobos que mataban las ovejas, se quedaban con sus lanas, que eran su principal riqueza, por ser consideradas como las mejores de Europa.

Sorprende también, y ello es tradicional, ver en el campo trabajando casi solamente a las mujeres, lo que se explica porque siendo antes todos los hombres

SGCB2021

pastores, pues *«gentes no muy entradas en años* – dice Gil y Carrasco en el último de los mencionados artículos – *recuerdan la época en que a la salida de los rebaños trashumantes, sólo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños,»* se pasaban fuera del país, allá por tierras de Extremadura, ocho meses y los cuatro restantes, que estaban en él, residían en las majadas viniendo al pueblo tan sólo la mitad de este tiempo, distribuído en diferentes descansos. Por esta razón las mujeres se veían en la necesidad de trabajar en las faenas del campo, y como hoy las minas absorven las actividades de nuestros hombres, todavía se las vé agarradas a la mancera del primitivo arado romano, manejándolo muy varonilmente.

Más de tres cuartos de siglo han trascurrido desde que Enrique Gil y Carrasco estuvo por estas pintorescas montañas, y aunque la llegada de elementos extraños para la explotación de las minas ha contribuído a modificar muy sensiblemente el carácter patriarcal de Babia, perduran algunas de sus típicas costumbres, y como entonces él, puede decirse ahora que *«la hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses, y no hay puerta, por pobre que sea, que no se abra de par en par a la llegada del forastero»*.

Se le recoge muy hidalgamente y empieza por obsequiársele con él baile de *la bienvenida*, que en la época que le visitó Gil y Carrasco, se decía darle *el beiche* palabra que se confundía con la de *baiche*, dándoles, lo que pudiéramos llamar gente vulgar, la misma significación de baile, pero los más ilustrados las aplicaban distintamente. *Beiche*, era la invitación a bailar que se le hacía a la persona que se trataba de usted, y *baiche*, equivalía a baile. Al desconocido o persona respetable, por cualquier concepto, que no se trataba de tú y se arrojaba (era el verbo que empleaban) a bailar, le animaban diciendo: *¡Beiche! ¡beiche!* El mismo cantar:

Beiche, señor Cura, *beiche*,
que Dios todo lo perdona,

confirma que el *beiche*, respondía al tratamiento de usted.

La noche antes de marcharse, al forastero se le obsequia con otro baile, que hoy se llama *la despedida*, y que entonces se dijo darle *el queiso*. En el admirable artículo *El Pastor trashumante*, aparece *geiso* y el no menos interesante titulado *Los Montañeses de León*, *gueiso*. Ni una ni otra son palabras babianas, pero Gil y Carrasco, que, con su delicado oido y su fino espíritu de observación, tan exacta y bellamente supo recoger estas patriarcales costumbres, no cometió este error que, sin duda alguna, es una errata de imprenta, ya porque al escribirlas hiciese la *q* parecida a la *g*, ya porque las haya equivocado el cajista y olvidado él a corregir las pruebas.

Al baile de *la despedida*, en obsequio del que se ausentaba, se le llamó *queiso* en el dialecto de Babia. Y es natural que fuera este el nombre, por ser el postre, la la última atención dispensada al que se marchaba.

El ferrocarril que trae los rebaños desde Extremadura hasta Astorga, y que obligando a los pastores a abandonar las antiguas *cañadas o cordeles*, les impide comprar en *las áridas llanuras de la Mancha las cintas de estambre fino*; en Rioseco de Medina, *los pañuelos, las agujas y cordones*, y en Rueda *proveerse de una gran bota*. ha contribuido a la desaparición de algunas de las costumbres pastoriles que describe Gil y Carrasco en los citados artículos.

Por lo demás, en este *lindísimo baile del país al son de panderas*, no se nota más que la desaparición *de castañuelas y de cantares numerosos y variados como sus fuentes y arboledas* de que habla Gil y Carrasco, y con esta desaparición, la de la curiosa y típica manera de sacar a bailar. El mozo llevando sus grandes castañuelas en un dedo de la mano izquierda y las de su pareja, (que eran mucho más pequeñas y artísticamente labradas), en el sombrero que sostenía con la otra mano, se las ofrecía al invitarla a bailar diciendo a la moza:

– Como no puedo mandar,
vengo a suplicar:
¿Quiere hacer el favor
de salir a bailar?

a lo que ella contestaba:

– Con mucho gusto y fina voluntad.

César GÓMEZ BARTHE

SGCB2021

L A F U E R Z A Y E L A M O R

La mejor guía espiritual de que podemos acompañarnos para visitar los encantados rincones del vergel berciano es el recuerdo de las obras de Gil Carrasco, el notable escritor que enamorado de la tierra nativa, supo trasladar a sus novelas con toda la mágica belleza que atesoran los paisajes por él tan queridos y por nosotros tan admirados.

Después de una lectura de esas obras, busquemos el escenario en que se movieron algunos de los personajes de ellas, evoquemos sus hechos, compenetrémonos de los sentires que animaron su vida y, volviendo la nuestra con la ilusión a los tiempos pretéritos, dejemos que se anegue nuestro espíritu en la añoranza de las épocas hazañosas, propicias a las grandes empresas, engendradoras de las nobles locuras que ha recogido la leyenda para sublimar con poético encanto las arideces de la historia.

Y unas veces en el acogedor rinconcito de un valle pintoresco, otras bajo el copu-

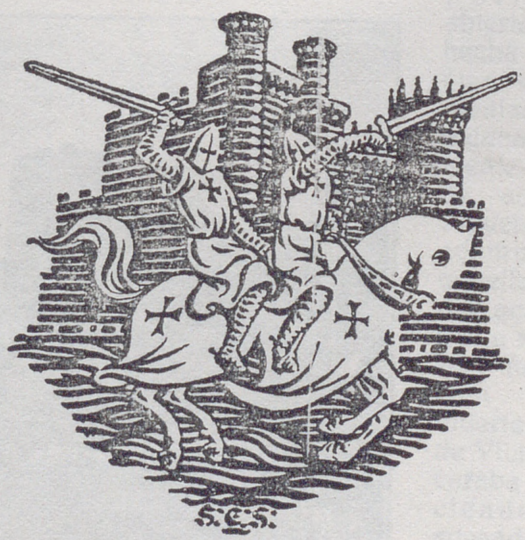
do toldo de los castaños centenarios, en ocasiones junto a la cristalina corriente de un rio caudaloso y poético nos saldrán al paso las imborrables figuras que creara la mente prodigiosa del poeta, embelesando con su resurgimiento las horas gratas de nuestro peregrinar por ese encantado país, en el que el alma no puede permanecer insensible ni la imaginación ociosa.

Al contemplar bajo el palio del cielo, iluminado por la luna en una noche blanca, uno de esos viejos castillos que albergaron a los bizarros caballeros del Temple, surgirá la evocación del héroe esforzado de bruñida armadura y recia lanza vencedora en cien combates. Su gallardía y apostura nos dirán como hubo de prender a su paso los corazones de las bellas alcurniadas mujeres. Y la fuerza y el amor, este domando las rudezas de aquella, nos hablarán de las sublimes fuentes de inspiración en que abrevaron con ansias creadoras los ingentos fecundos como este Gil Carrasco tan admirable.

Don Alvaro y doña Beatríz, hijos de su preclaro entendimiento, representantes de las dos fuentes de inspiración que dieron al mundo las creaciones inmortales, llevad al homenaje la ofrenda única que puedo hacer; el reconocimiento de la deuda de gratitud contraída con quien supo despertar la emoción de mi alma con las sugestiones de sus obras bellas, inolvidables.

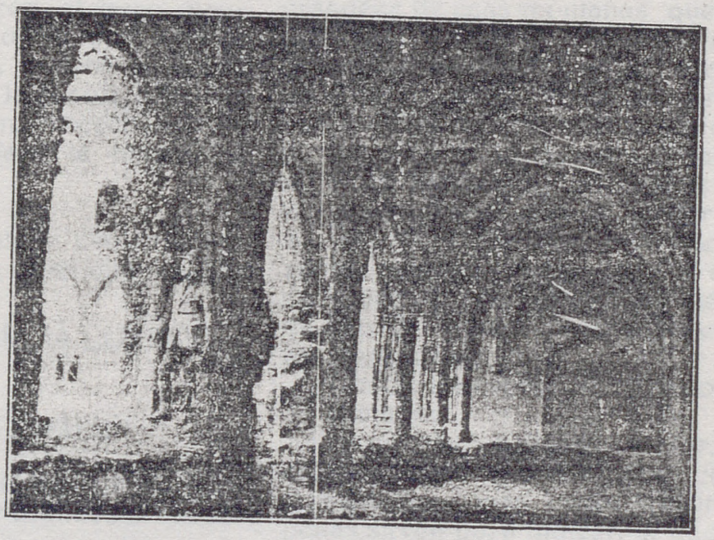
F. ROA DE LA VEGA

Dibujos de S. Eguiagaray Senarega



P R O S C E N I O

EL MONASTERIO DE CARRACEDO



Poético claustro de la Abadía de Carracedo (Fot. M. Eguiagaray

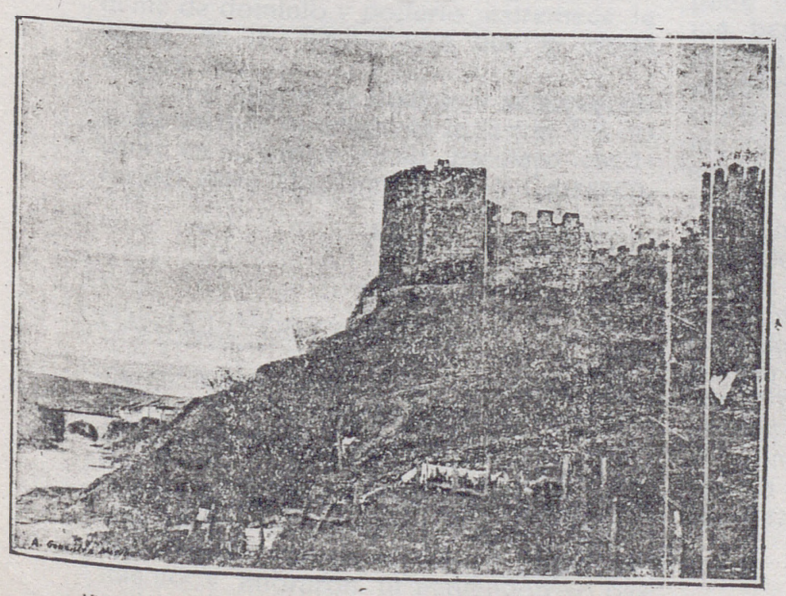
La secular mansión de abades y príncipes es ya una gloriosa ruina, pero ruina triste, como el alma del poeta que la evocara, como la pena que sentía el corazón de D. Alvaro cuando arribó en busca de consuelo, como el vacío de una tumba que aún reclamase el cuerpo de Gil y Carrasco, que era suyo, contra la ley del destino.

Este monasterio fué la primera sima en que se hundieron las esperanzas de amor que un día espolearon el alazán del Señor de Bembibre; este monasterio debió ser también la tumba del genial cantor del Bierzo, del que nació para el arte al pie de otra tumba, la de Espronceda; del que amó en estrofas de ensueño el ideal de una belleza encarnada en doña Beatriz con inspiraciones de generoso romanticismo.

El sino de Gil y Carrasco hizo imposible que el poeta muerto tuviese su lecho definitivo en lo que fué su mansión espiritual. Tal vez el claustro del monasterio, donde el romántico soñó, se hendió extremecido por la muerte de su cantor excelso en muy lejana tierra.

. . . . . .

A pleno sol y en pleno estío lanzaba una tarde sus notas enamoradas un ruiseñor escondido en la vegetación lujuriosa que invade los contornos de la cámara regia donde quizas una infanta soñó también con muertos amores, muy cerca del pórtico maravilloso abierto a la naturaleza hecha jardín, y cuyos frustes encubren las plantas trepadoras, engalanándolo porfiadamente. Sentado al pie de aquella maravilla, escuché al pájaro rey, admirado de oirle en aquella hora, pensando que acaso quien cantaba su regocijo a plena luz, fuera quien también increpase a la muerte, como el genio de Victor Hugo se encaraba con la noche diciendo: «¡Responde, acusada!»



Vista del Castillo de los Templarios de Ponferrada (Fot. González Nieto)

La muerte consintió que se mostrase una

vez más la ingratitud del corazón humano, que dejó morir y yacer en remota tierra a quien debió tener su descanso inmortal en su monasterio. El panteón, el único mausoleo de Gil y Carrasco, el que tal vez quebró de estar vacío, esperó al poeta inútilmente y se abrió a la propia ruína, ya que no pudo abrirse para ofrecer piadosa quietud a quien se sumía en la noche del espíritu.

. . . . . .

Y el pájaro rey no puede evocar junto al poeta muerto el estro de su alma sublimemente enamorada.

H. GARCIA LUENGO

***

CASTILLO DE PONFERRADA

Historico pregón, de la que en tiempos atrás fué poderío de grandezas y dominios.

La acción del tiempo sobre tus muros y torreones ha sido demostradora, solo ya late en derredor de tu descarnado esqueleto, el alma de una raza, brava e indómita que lucha por conservar su imperio contra todas las intrigas de una corte en decadencia.

Como tus murós, tus caballeros hubieron de rendirse. El tiempo los venció. En muchas noches de la belleza estival del Bierzo, sobre tu orgullosa torre del homenaje, campea al viento el fantasma imponente de los Templarios y su grito estridente de dominio y poderío estremece la calma de la féril ribera que tu altura abarca.

¡Como fueron tus dueños y señores, no se darán más hombres en la tierra! Tal os cantó en su prosa el más preclaro escritor del siglo XIX, Enrique Gil y Carrasco.

Alfonso de UREÑA

***

CASTILLO DE CORNATEL

Ante los ojos, de estúpido asombro, del viajero que goza la dicha de contemplarte, deslumbras aún con tu rica miseria.

Todos, cuando te vieron, majestuoso y altivo como un girón de glorioso, de noble historial, abatieron ante tí su pensamiento y añoraron tu esplendoroso pasado.

Pero jamás nadie supo verte como el juglar de tu poema; sólo Gil Carrasco te vió, altivo, dominando con tus ruínas la grandeza de esas montañas que te guardan como un tesoro a la vista codiciosa del turista: bello, asomando coquetón tu torre del homenaje al borde mismo de un tenebroso y pintoresco precipicio: valiente, pareciendo aun desafiar el valor indomable de los bravos cabreireses que otra vez tuvieron la osadía de querer dominar tus piedras, y orgulloso, pareciendo lanzar tus ruínas al viento como si quisieras, en tu ocaso, desafiar la furia de los elementos que parecen ensañarse en tus muros derruídos.

Solo él supo verte así, y sólo él supo así cantarte.

Hoy de tus legendarios valor, belleza, altivez y orgullo, sólo quedan; como mudos testigos, esas cuatro piedras que a penas sirven para indicar, al que te visita, el nido fantástico que tuvo la gloria de cobijar aquellos aguiluchos de pecho tan pétreo como la roca que te sirve de cimiento. Y hasta la naturaleza, inclemente, parece tener interés en tu ruína, y las lluvias y el vendaval baten furiosos tus desmanteladas paredes.

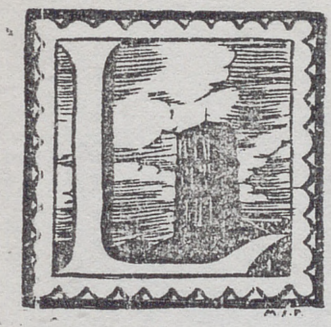
Pero, eso sí; aún te quedan amigos en tu desgraciado ocaso. Acompañando tu miseria, aún vive aquel tranquilo lago que un día supo, fiel, reflejar tu poética grandeza. Su vista debe ser para tí el recuerdo amigo que fiel nos consuela y acompaña en la desgracia. Aún canta tu poema, besando constante tu pié, aquel impetuoso arroyo que un día mezcló sus aguas con la sangre de tus asaltantes. Y por si ésto fuera poco a compensar tu vejez, recuerda que hubo un poeta, que con su pluma, sembró el bello recuerdo de lo que fuiste, entre las generaciones.

Y sabe que en tu dormida ruína, ante la naturaleza que en silencio presides, el viajero se descubre reverente, posa su pensamiento sobre tus piedras, y, cual en otros tiempo Gil y Carrasco, entona una estrofa a tu recuerdo, que va mezclarse con el poema que, constante, teje a tus piés en lengua exótica el impetuoso arroyo, como juglar fiel que quiere hacer olvidar a su señor la pena que producen la grandeza y bienandanza pasadas.

J. ARAGÓN ESCACENA

SGCB2021

¡SEAMOS ROMÁNTICOS!



as realidades del vivir actual no cabe duda que alejan el espíritu de los románticos ensueños que tanto contribuyen al embellecimiento de la existencia.

Se vive en un ambiente de egoismo, de satisfacción material, de goces realistas. En el tráfago de actividad y labor, de movimiento y rapidez, característico del medio ofrecido a las generaciones del día, forzosamente tenía que desarrollarse la ansiosa busca de compensaciones que la industria pone al alcance de nuestro deseo, sin que su conquista y disfrute impongan sacrificio. Y, como lo que cuesta es lo que vale, no hay exageración en afirmar que el progreso moderno en el orden material ha quitado valor y rebajado la cotización a la mayor parte de las satisfacciones.

Rezagado de los tiempos viejos resulta hoy el que felizmente sabe gustar la dulcedumbre de las cosas pretéritas; iluso el que, por su fortuna, al abstraerse de las miserias que le rodean, tiene bríos bastantes en el espíritu para levantar su torre de marfil en elevado cerro, nidal de las águilas fuertes, dominadoras de las alturas.

Contribuye a la extinción del romanticismo sano el alejamiento del verdadero paisaje, del escenario que corresponde al estado de ánimo. En esas avenidas urbanas, de casas iguales, amplias aceras y ruído de tranvías y bocinas de automóviles, desentonarían las exaltaciones de un espíritu soñador.

En cambio, alejan la idea de todo prosaismo esos monumentos grandiosos, obras del genio en maridage con la fé de los hombres de los pasados siglos, esos castillos y fortalezas, voceros de hazañas y leyendas, esos paisajes grandiosos de la montaña brava, esos rincones mimosos, dulces, floridos, apacibles que hacen de nuestra imponderable región berciana un verdadero paraíso.

Leyendo las obras de Gil Carrasco, quien conoce ese Bierzo inspirador, tiene forzosamente que asociar al recuerdo del poeta y novelista y al de su obra el de la región que tuvo la suerte de servirle de cuna. La obra de Gil Carrasco es un brote del país: pasan por sus novelas las brisas embalsamadas del florecido vergel berciano; y en la delectación de la pintura del paisage de su tierra se ve el reflejo de la influencia ejercida en su alma delicada por la visión de las sugestivas bellezas que contemplara su retina en los primeros años de la infancia felíz.

El sano romanticismo que da vida a los caballeros de sus obras inmortales, es berciano también. Ahí están los castillos heróicos guardadores de la leyenda dorada, pidiendo a la fantasía creadora del novelista las maravillosas hazañas en lides de armas y batallas de amor.

Por eso siendo la obra de Gil Carrasco universal, es muy principalmente leonesa y berciana, y a León y al Bierzo cabe la mayor satisfacción y el preferente honor de ella.

Yo al dedicar estas breves lineas al poeta, no puedo menos de recordar con cariñosa veneracion a su sobrino mi catedrático de Derecho politico el Sr. Gil Robles, otro espíritu selecto también, enamorado de esta tierra, cuyo sólido prestigio de maestro ejemplar y pensador eminente le ha hecho acreedor a la admiración de sus contemporaneos y a los justos encomios de la critica depasionada é imparcial, no siendo el último de la familia de nuestro recordado poeta que pasa a la posteridad con la aureola de los eminentes, puesto que aún quedan miembros de ella de indiscutibles merecimientos.

Miguel CANSECO

SGCB2021